EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LA HERENCIA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

LUIS CALVO REVILLA

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1892

LA HERENCIA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

LUIS CALVO REVILLA

Representado por primera vez en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 4 de Marzo de 1892.



MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1892

PERSONAJES | ACTORES

PERSONAJES			ACTORES
DOÑA LUZ...........	SRTA.	DOÑA	LUISA CALDERÓN.
DOÑA BEATRÍZ.......	SRA.	»	AMPARO RIVELLES.
RODOLFO.............	SR.	DON	RICARDO CALVO.
ALFONSO X..........	»	»	DONATO JIMÉNEZ.
EDGARDO............	»	»	JOSÉ PÉREZ.
ENRIQUEZ............	»	»	JAIME RIVELLES.
DON ANTONIO........	»	»	ANTONIO VALLARINO
ABEL.................	»	»	FERNANDO CALVO.
GARCÉS..............	»	»	MANUEL MOLINA.
DIEGUEZ.............	»	»	MANUEL MARTÍNEZ SANTOS.
UN SECRETARIO (que no habla)...........	»	»	N. N.

Damas, Pajes, Caballeros, Soldados, Bandidos, y Hombres y Mujeres del pueblo.

La acción se supone en el siglo XIII.—Los tres actos en un castillo de doña Beatríz.

ADVERTENCIA. El papel de doña Luz es de escasa importancia, y debe hacerlo la dama joven de la Compañía. El carácter bondadoso y condescendiente de la señorita Calderón y la buena y antigua amistad con que distingue al autor de esta obra, han sido causa de que acceda á encargarse de tan insignificante papel.

QUERIDOS HIJOS

LUISITO, RAFAELITO Y MARIQUITA

Os dedica esta obra su autor y el vuestro.

Luis.

ACTO PRIMERO

Salón del castillo de doña Beatríz, amueblado lujosamente. En el foro un gran arco por donde se ve otro salón con puerta al foro. A derecha é izquierda del arco dos puertas; la de la derecha da acceso á una capilla. En primer término, á la derecha, ventana; en segundo puerta. A la izquierda, en primer término, puerta. Entre la puerta y ventana de la derecha trofeo con armas.

ESCENA PRIMERA

GARCÉS y ENRIQUEZ; el primero mirando por la ventana.

GARCES. Acercáos, capitán,
que, vive Dios, que en mi vida
vi más gente rennida.
Junto al airoso galán,
que luce gentil aliño,
la gallarda lugareña
con su saya de estameña;
y más blanca que el armiño
bajo su toca que ondea
y resplandores derrama,
la altiva y hermosa dama
con el siervo se codea.
No hay conjunto más bizarro.

Mirad qué nube de plumas.
Si parecen las espumas
de ese mar en que oro y barro,
coufundido y en tropel,
se estrecha de orilla á orilla
y desborda en la capilla
en busca de su nivel.
Qué, ¿no os agrada la fiesta?

ENRIQ. Ví tantas.

GARCES. ¿La desdeñáis?
Pues pongo lo que queráis
á que hay pocas como esta.
Jamás otras tierras ví,
pero de todas me río:
no existe otro señorío,
y á los ancianos lo oí,
que son gente de experiencia,
que contenga en sus linderos
cuatrocientos caballeros
bajo una misma obediencia.
Todos con la misma ley,
tan justa que se bendice
por todos. Y aunque se dice
de las haciendas del rey
que tantas son, yo á mi modo
pienso con gran confianza
que á esto su hacienda no alcanza.

ENRIQ. Mozuelo, del rey es todo.
(Con acento de reconvención.)

GARCES. Eso cuentan. (Con acento de duda.)

ENRIQ. De esa suerte
son sus derechos.

GARCES. ¡Error!
Hay un derecho mayor.

ENRIQ. ¿Y cuál es?

GARCES. El del más fuerte.
Si no, ahí está como prueba
don Sancho el hijo del rey.
Habladle á ese de la ley.
Sin que su padre se atreva
á oponerse á esta mancilla,
anda por esas ciudades

conquistando voluntades,
y casi es suya Castilla.
¿Qué importa que los señores
rindan un pleito homenaje,
que acredita vasallaje,
si con razones mejores
que las que en ese trabajo,
que llaman derecho justo,
pone el Rey, hacen su gusto,
vuelven lo de arriba abajo
como aquel que puede y debe?
El Rey lejos, aunque quiera,
de estas cosas no se entera;
si se entera no se mueve;
y si se mueve, lucida
suele quedar su bambolla:
se le aguarda, se le arrolla,
y cede á cuanto se pida.

ENRIQ. ¿Viste mucho de eso? (Con duda.)

GARCÉS. Un poco;
mejor dicho, yo no ví;
pero á las gentes lo oí.
Aquí mismo miro y toco
una prueba bien expresa:
si las órdenes que el rey
pregona fueran la ley,
no tuviera esta Condesa
la hacienda que su mesnada
defendió con bizarría;
quitarsela el rey quería
para el señor de Moncada
vuestro tío, que fué hermano
de nuestro Conde difunto.
Bien explicado está el punto
en la ley, y fuera vano
entenderlo de otro modo:
«Que si el Señor falleciere
(Como recitando la ley.)
é hijo ó hija no tuviere,
no deje parte ni todo
á la que su esposa fué,
porque es de sangre la herencia.»

Y aunque acudió á la violencia,
y con gran denuedo á fe,
defendiendo su derecho
vuestro tío, y consecuente
vino el rey con mucha gente,
no pudo entrar en el pecho
de los de este señorío
eso que parece llano:
vencieron al soberano,
rindieron á vuestro tío,
y obligado de este modo
el Rey, fácil de obligar,
se cansó de batallar
y al cabo pasó por todo.

ENRIQ. ¡Qué orgullo por la victoria!
(Con despecho.)

GARCES. No fué de poco interés.

ENRIQ. Aun tú, nacido después,
te la sabes de memoria.
De don Fernando tercero
en vida, este señorío
lo disfrutara mi tío.
No aceptara el Rey guerrero
como ley su humillación,
ni otorgara como justo
que la Condesa á su gusto
pueda indicar sucesión
que el matrimonio no hizo,
dando ocasión á que ahora
á Rodolfo esa señora
designe; á un advenedizo.
Mas don Alfonso en el cielo
piensa solo; la cabeza
hacia él levanta y tropieza
en una china del suelo.
Tiene absortos los sentidos
en ese estudio tan grave. (Con ironía.)

GARCES. Eso sí; dicen que sabe
más que todos los nacidos.
Cuentan, no sé si es verdad,
que por extraños inventos
conoce los pensamientos

de toda la humanidad.
Arroja en una caldera
hierro, plomo y otras cosas,
y salen piedras preciosas,
y de oro todo el que quiera.

ENRIQ. Deja necias invenciones.

GARCES. Por mí dejadas están.
Pero venid, capitán;
(Mirando por la ventana.)
va saliendo á pelotones
la gente de la capilla.
Ya se aproxima la hora.
Ahora sale la señora,
que la chusma se arrodilla
y toda con gorra en mano.
Llegad, veréis cuánta gala.

ENRIQ. La he de ver en esta sala...

GARCES. ¡Digo! (Sorprendido de que Enriquez no acuda.)

ENRIQ. Molestarme en vano
no me gusta.

GARCES. Me parece...
Perdonad si es osadía
que os enoja esta alegría.

ENRIQ. ¿Por qué motivo? Ella ofrece (Con ironía.)
á este feudo el regocijo
de pasar á ser de un mozo
que ni apenas tiene bozo,
ni sabe de quién es hijo.

GARCES. ¿Y qué? (Con disgusto.) Ya entran en la nave.
(Por la gente que aparece en el foro.)

ENRIQ. Mi tío, por su torpeza, (Aparte.)
perdió ser de esto cabeza.
Aún vivimos, y... quién sabe.

ESCENA II

DICHOS, DOÑA BEATRIZ, RODOLFO, EL SECRETARIO del Feudo, Damas, Caballeros, Pajes, Soldados, Hombres y Mujeres del pueblo.

BEAT. Salud para todos pido
á Dios, nobles caballeros,

que á mi pregón obedientes
vinísteis; salud deseo
á los sufridos hidalgos;
á los humildes plebeyos.
A todos la bienvenida
os doy, magnates y siervos,
y la atención os reclamo
que merece este suceso. (Pausa.)
En nombre del poderoso
Señor que habita en los cielos,
uno en esencia y en forma
tres, igualmente perfectos,
yo, Beatríz de Alvar y Luna,
que por designios del cielo
no presté calor ni vida
á infante alguno en mi seno,
con el fin de que mi nombre
no desaparezca, lo lego
á Rodolfo, á quien por hijo
adopto en este momento.
A sus padres desconoce,
y pues por sus grandes hechos,
los más insignes monarcas
no desdeñaran el serlo,
yo, que como hijo le tuve,
desde hoy por hijo le quiero. (Pausa.)
Carga para mí molesta
es el difícil gobierno
de un Estado: con disgusto
de él me encargué; y pues ya tengo
sucesor que en cien batallas
ha acreditado su esfuerzo,
y es tan fiero en la pelea
como sabio en el consejo,
yo, Condesa de Lorcayo,
soberana de este feudo,
por la muerte del esposo,
que en gloria esté, y por acuerdo
del señor Rey de Castilla,
con la permisión del cielo
y con la fe que me presta
de que hago bien, dono y lego

á Rodolfo el señorío.
Acatad, pues, lo que ordeno.
Cuanto os dije, consignado
de mi gusto y por entero,
con explicación de todo
lo que fué mío, y entrego,
en poder del Secretario
de este señorío dejo:
está de su puño escrito,
y al pié mi firma y mi sello.

ROD. Señora... que por señora
y soberana del feudo
os tendré mientras aliente
y seré súbdito vuestro;
yo acepto este señorío,
no como herencia ni premio,
sino por daros descanso
y procuraros sosiego.
En este sentido solo
lo admito; y en cumplimiento
de lo que exigen los usos,
juro mantener completo
el Estado que me entregan;
respetar leyes y fueros,
y obedecer como es justo,
y proteger los intentos
del Rey de Castilla, en tanto
no viole nuestros derechos.
Por las divinas personas
que producen el misterio
de la Trinidad sagrada,
así ante el Señor ofrezco.

BEAT. Él, si faltais, os demande,
y si no otórgueos el premio. (Pausa.)
Don Antonio de Moncada,
noble señor, que el primero
es por sus gentes y tierras
de mis súbditos, y deudo
además por ser hermano
del esposo que en el cielo
santa paz haya, en su nombre
y en el de todos aquellos

que el feudo forman, del uso
y costumbres en respeto,
homenaje en vuestras manos
preste, ya compareciendo
por sí mismo ó por persona
á quien autorice.

ENRIQ. (Entregando un pergamino á doña Beatríz.)
Tengo
representación en regla.
(Doña Beatríz entrega el pergamino al Secretario, que lo examina.)
En justicia y en derecho,
yo, pues, Salvador Enriquez,
capitán de ballesteros
al servicio de la casa
de Moncada, por él presto
y por los demás hidalgos
que tienen deber de hacerlo
el homenaje debido. (Presta homenaje.)

ROD. Yo como señor lo acepto.
Terminó la ceremonia.
Que os guarde á todos el cielo.
(Vanse todos menos Rodolfo y doña Beatríz.)

ESCENA III

RODOLFO y DOÑA BEATRIZ

ROD. Señora... (Con mucho agradecimiento.)

BEAT. (Reconviniéndole dulcemente.)
Madre es mejor.

ROD. Señora madre diré,
y así el respeto uniré,
que siempre os tuve, al amor.
Señora madre, no es mucho
postrarme ante vos rendido
por el favor recibido,
que aunque lo veo y lo escucho,
aún la mente no concibe,
tal me trastorna la alteza,
porque dais tanta nobleza

y yo soy quien la recibe.

BEAT. ¿Tanto la herencia te agrada? (Con malicia.)

ROD. ¡Oh! no lo dije por eso. (Protestando.)
El Estado es solo un peso;
todo su valor es nada
ante la dicha serena,
que es la que yo no colijo,
de ser casi vuestro hijo
y tener madre tan buena.

BEAT. ¿De veras eso te halaga
sólo?

ROD. Lo que digo siento.

BEAT. Pero en ese sentimiento,
aunque así te satisfaga
por sí mismo, sin que aumente
el gozo la posesión
del Estado, si en razón
se acaricia sólamente
de nombre, ya es interés.
¿Indiferente te fuera
que te adoptara cualquiera?
Con verdad habla. ¿No es
lo que tu amor significa
afán de nombre? ¿Ayudó
el que te intereso yo?
Mi torpe labio no explica (Contrariada.)
claramente el pensamiento.

ROD. Sin embargo, yo adivino.
No el sentimiento mezquino
de interés, que ya descuento,
mas ni aun ese otro pueril
de que receláis me guía;
que á vos sólo elegiría
entre ciento ó entre mil.
Beatríz, ¿sois mi madre vos?
No porque el nombre me déis
con el favor que me hacéis.
¿Sino porque quiso Dios,
de misericordia lleno
para mí, que lo hayáis sido?
Madre, siempre me he creído
nacido de vuestro seno.

Perdonad si os agravié (*Con temor.*)
BEAT. Sigue, Rodolfo. (*Con alegría.*)
ROD. Una historia
me enseñaron de memoria;
mas pienso que inútil fué.
Porque lo de haberme hallado
recién nacido en el puente
de la torre, y que la gente
de la guardia, retirado
el hallazgo, os dió noticia
de mi vida milagrosa,
y vos, siempre bondadosa,
entre caricia y caricia
calmásteis mi amarga queja,
antes lo mismo que ahora
me ha parecido, señora,
cuento, patraña, conseja;
y juro, y juro por Dios,
que tan por mi madre os tuve,
que al pensar en ella hube
de pensar, Beatríz, en vos,
con instinto verdadero,
digáis lo que me digáis.
Madre que vos no seáis,
ni la busco ni la quiero.
BEAT. ¡Oh! Tu franqueza reporta.
Si eso fuera, pues lo oculto
culpable de amor resulto.
ROD. Es verdad; mas ¿qué me importa?
Allá el Señor lo prejuzgue;
ni pienso en ello siquiera.
Pedid al hijo que quiera,
mas no le pidáis que juzgue.
BEAT. ¡Rodolfo! (*Abrazándole y llorando.*)
ROD. ¡Madre querida!
Estoy de ventura lleno.
BEAT. La que te llevó en su seno,
la que te ha dado la vida,
la que te lloró al nacer.
¡Ay, Rodolfo, hijo del alma:
veinte años llevo sin calma;
¡algo me debes querer!

ROD. ¿Algo decís? todo es poco.
BEAT. No quiero tiranizarte;
pido tan sólo mi parte,
mucho más cuando estás loco
por un virginal encanto.
Si esto llega á sospechar,
quizás se pueda agraviar (Con pena.)
de que se me quiera tanto.
ROD. ¿A qué viene esa amargura? (Con sorpresa.)
BEAT. ¿A mí enojarme tu gusto?
(Queriendo disimular.)
ROD. Si hay enojo, mas no justo,
y lo injusto poco dura.
os convenceré de modo
que os vuelva al pecho la calma:
Luz es parte de mi alma;
vos, señora, sois el todo.
De las estrellas benditas
que adornan el firmamento,
quitad una, quitad ciento,
siempre quedan infinitas.
Pues de esa extraña fortuna
goza la pasión que os dí:
siempre infinita es en mí,
quiten ciento, quiten una.
BEAT. ¡Lisonjero!
ROD. ¡No por Dios!
BEAT. ¿La amas mucho?
ROD. Sí señora.
Aguardo inquieto la hora
de ser con vosotras dos
dichoso.
BEAT. Ya está cercana;
mañana...
ROD. Sí; pero creo,
tal es mi amante deseo,
que nunca llegue mañana.
BEAT. ¿Temes algo?
ROD. ¡Por mi nombre!...
De su padre.
BEAT. Es muy adusto.
ROD. Nunca he sido de su gusto;

y aunque cedió, de ese hombre
una promesa no es nada.
Si á sus rencores se aferra,
no ha de darnos poca guerra
don Antonio de Moncada.
Me trata como á enemigo.

BEAT. No es para él mucho tu halago.

ROD. Como me paga le pago,
hago lo que hace conmigo.
¿Pero ese rumor?.. (Escuchando.)

ESCENA IV

DICHOS y GARCÉS

BEAT. (A Garcés.) ¿Qué pasa?

GARCES. Que llega en este momento,
jadeante y sin aliento,
á la puerta de la casa
un escudero, y al par
que mira hacia aquellas peñas,
(Indicando por la ventana.)
hace gestos y hace señas
como quien no puede hablar;
pero que indica que allí
algo ocurre, bien se entiende.

ROD. Por si es que hablarme pretende,
(A Garcés)
que pase al momento.

BEAT. (A Garcés.) Sí. (Vase Garcés.)

ESCENA V

DOÑA BEATRÍZ y RODOLFO

BEAT. Veamos...
(Asomándose á la ventana.)

ROD. Tras de aquellas peñas
dijo; luego ellas ocultan
de nosotros el suceso:

nada advertiréis.

BEAT. Me asusta...

ROD. No temáis, madre. Importancia
no puede tener.

BEAT. Sin duda.
Aquí llega el escudero.
En su rostro se dibuja
bien claramente el espanto.

ESCENA VI

DICHOS, ABEL y GARCÉS

ROD. ¿Qué ocurre? (A Abel.)

ABEL. Que en vuestra busca
vengo. Se encuentran perdidos.

ROD. ¿Quiénes?

ABEL. Sin tardanza alguna
habéis de acudir.

ROD. Explica...

BEAT. Acaba.

ABEL. (Indicando por la ventana.)
Tras de esas alturas,
acosados por bandidos
que con bizarría luchan,
don Antonio de Moncada
mi señor, la gente suya,
el señor Rey de Castilla
y sus hombres, por segura
tienen su muerte si el tiempo
perdemos con más preguntas.

ROD. ¡Hola, Garcés! (Llamando.)
Que con priesa, (A Garcés.)
un buen golpe se reuna
de soldados escogidos
y aguarden á que yo acuda,
bien armados y á caballo.
Mi noble jaca andaluza
para el combate aderecen
con la malla más segura. (Vase Garcés.)

ESCENA VII

DICHOS, menos GARCÉS

Rod. Madre, ayudadme.
(A Beatríz, que le ayuda á ponerse el casco y la coraza que están en el trofeo.)
(A Abel.) Entre tanto
refiere pronto...
Abel. Sin duda
como llegó el Rey há poco
á nuestra torre, y su augusta
persona mejor posada
que aquel nido de lechuzas
que es de mi señor vivienda,
merece, de aquesta en busca,
á fin de darle hospedaje
más digno, se me figura
la jornada anticiparon
de mañana, que á las justas
y al matrimonio venian.
Rod. ¿Mas como?... De esto resulta
(Con espanto.)
que mi Luz viene con ellos.
Abel. Sí señor.
Rod. (Con desesperación.) ¡Dios me confunda!
Beat. ¡Rodolfo! (Tratando de sosegarle.)
Rod. ¡Luz en peligro!
(Dirigiéndose á la puerta.)
Beat. ¿Dónde vas?
Rod. ¡Qué me preguntas!
Abel. ¿Os acompaño? (A Rodolfo.)
Rod. (A Abel.) ¡Por Cristo!
Quede la gente caduca
á acompañar á las hembras
y á rezar por los qne luchan.
Beat. ¿Pero vas solo?
Rod. No solo,
que va conmigo mi furia. (Va á salir.)

ESCENA VIII

DICHOS y GARCÉS

GARCES. Señor... (A Rodolfo.)
ROD. ¡Aparta. (Vase.)
BEAT. (A Garcés.) ¿La gente!...
GARCES. La encontrará en la segunda
poterna. Gente escogida.
No temáis.
BEAT. ¡Que Dios le acuda! (Vase.)

ESCENA IX

ABEL y GARCÉS

ABEL. ¡Válgame Dios por el mozo; (Por Rodolfo.)
y qué malamente juzga
á los viejos!
GARCES. ¿Qué os sucede?
ABEL. Poca cosa.
GARCES. ¿Se murmura?
ABEL. Otro que tal. Los chicuelos
que hoy por el mundo se usan,
debieran tener por padres
á los nuestros. Brava tunda
á cada cuatro palabras
les valieran sus preguntas.
GARCES. ¿Os ofendí? porque juro (Con respeto.)
que fué impensada mi culpa.
Soy hijo de buena casa;
las canas y las arrugas
á respetar he aprendido,
y sentiría...
ABEL. (Aparte complacido.) Me gusta. (Por Garcés.)
Este tiene más crianza
con no ser señor, que algunas
encopetadas personas. (Por Rodolfo.)
¿Te llamas? (Alto.)
GARCES. Garcés y Acuña.

Hijo soy de un caballero
de quien romances abundan
por sus hechos y proezas.

ABEL. ¿Del que tomó como suya
y á su cargo la venganza
del Señor de quien viuda
es doña Beatríz?

GARCES. Del mismo.

ABEL. Estarías en la cuna
cuando eso ocurrió.

GARCES. Ni aun eso,
que por mi desgracia nunca
á mi padre ví. Mi madre,
que ya también es difunta,
aún me llevaba en su seno
cuando él murió.

ABEL. La fortuna
no te acompañó de niño.

GARCES. Es verdad. ¿Y por ventura
conocísteis á mi padre?

ABEL. Sí por Dios. Persona ruda;
pero al par bien generoso:
de los que hoy ya no se usan.
¡Como que perdió la vida
por dar cima á una aventura
á que le llevó el cariño!

GARCES. Referídmela.

ABEL. Sin duda
te la sabrás de memoria.

GARCES. ¿Y qué importa? Lo que abunda
dicen que no daña.

ABEL. Bueno,
la contaré si te gusta.

GARCES. Empezad, pues.

ABEL. La señora,
que señora se titula
del feudo, nació villana,
como toda la ruín chusma
de parientes que sustenta.

GARCES. Más buena que ella, ninguna;
y en cuanto á hermosa...

ABEL. Tocante

á belleza, una hermosura.
Tanto, que prendóse de ella
hasta hacerla esposa suya,
don Ludovico, el buen Conde
que ya en la gloria disfruta.
Casóse, y todo marchaba
á su gusto; mas la dura
condición del buen guerrero
le obligó á poco á que juntas
sus armas, caudillo de ellas,
fuese del Rey en ayuda.
Se estuvo en la guerra un año;
volvió al fin con más ternura
que cuando marchó. La noche,
que por cierto era de lluvia,
que después de larga ausencia
iba á pasar con su nunca
más amada esposa, gritos
en su aposento se escuchan.
La voz, según dicen, era
de doña Beatriz En busca
del motivo de aquel llanto
entran gentes, y resulta:
Doña Beatríz desmayada
en un lado; sangre obscura
que salpica el pavimento;
un lago de ella que cruza
por debajo del cadáver
de don Ludovico; una
espada hasta el mismo pomo,
es decir, de punta á punta,
atravesada en su pecho,
y un trozo de tela burda,
así como de vestido
que se desgarró en la fuga,
colgando del hierro corvo
conque la ventana ajusta.

GARCES. Continuad.

ABEL. Al recobrarse
la señora, á las preguntas
que sus gentes del suceso
la hicieron, dijo que una

persona desconocida
para ella, con fuerza bruta
rompió por fuera las hojas
de la ventana; que en lucha
con su esposo le dió muerte
y huyó al momento, sin duda
sirviéndole como escala
los salientes y figuras
que por la parte de afuera
en el muro se dibujan.

GARCES. Mas mi padre... (Con impaciencia.)

ABEL. Ten cachaza.
El trozo de vestidura
que se encontró puso en claro
por fin la historia confusa,
y se pensó en un labriego
de las cercanías. Justa
fué, vive Dios, la sospecha,
que él fué el matador. Y escucha,
que ya entra tu nombre en juego.
Era don Lope de Acuña,
tu padre, el mejor amigo
de Ludovico. La busca
de su asesino no daba
ni esperanzas de captura,
cuando una tarde don Lope,
con diez de la gente suya,
ansioso de la venganza,
salió al campo; hizo preguntas,
hasta penetrar en tierras
del señor Rey; con astucia
se enteró de que el malvado
se hallaba en una casucha,
á la margen de un sendero.
La registraron, y en una
caballeriza ruinosa,
se halló dispuesto á la lucha
á aquel maldito labriego
que perseguían. Su furia
fué terrible; con su espada
abrió á tu padre la tumba.
Mas no fué estéril su muerte,

que en las postreras angustias,
derribó al vil y á él asido
con los dientes y las uñas
espiró sobre su cuerpo
consiguiendo su captura,
que sus gentes le apresaron
poniendo fin á sus culpas.

GARCES. ¿Le mataron pues?

ABEL. Entonces
debió morir; mas por una
flaqueza que no se explica,
ó más, que esto se murmura,
por ganar la recompensa
que del Rey las leyes justas
otorgan á los que prenden
malhechores, á su augusta
presencia le condujeron;
la ley se cumplió sin duda,
y en el infierno los males
que hizo aquí por siempre purga. (Pausa.)
Pero el tiempo pasa, y nada (Con inquietud.)
cerca ni lejos se escucha
y era el combate reñido.
Esta tardanza no augura
sino desastres.

GARCES. Anciano,
no temáis: cuando se lucha
con Rodolfo, la victoria
dónde va, ni se pregunta.

ABEL. ¿Pensarás que el Rey Alfonso
es blanda cera, y la turba
de soldados que acaudilla
espantajos ó figuras?
¡Viven los cielos! Si vieras
cómo se bate esa chusma,
y cuánta es la bizarría
y destreza del que acusa
ser el caudillo, en la extraña
vestimenta que se ajusta,
mezcla como de montero
y señor, alguna duda
tuvieras en la victoria.

GARCES. En eso no dudo nunca:
¿va Rodolfo? donde él vaya
la victoria es sólo suya.
Pero escuchad. (Prestando atención.)
ABEL. ¿Qué sucede?
GARCES. ¡No lo dije! Que retumba
en el camino el galope
de caballos; que la lucha
terminó y que ya regresan
victoriosos.
ABEL. (Mirando por la ventana.) Pues resulta
que es el capitán Enríquez
con doña Luz á la grupa.
A esto quedan reducidas
tus ilusiones.
GARCES. En suma,
que los otros vendrán luégo.
ABEL. O no vendrán.
GARCES. Me disgustan
sólo por eso las canas:
porque aquellos que las usan
se tornan desconfiados
y agoreros.
ABEL. Más de una
y más de cien veces vimos
disipados como espuma
nuestros sueños. Consecuencia:
que ya no soñamos nunca.
Retirémonos, que vienen
(Por doña Luz y Enríquez.)
hablando, y ella no gusta... (Vanse.)

ESCENA X

DOÑA LUZ y ENRIQUEZ

LUZ. Callad. (Con disgusto.)
ENRIQ. (Con pena.) Siempre os molesto.
LUZ. Pues no me importunéis.
ENRIQ. Siempre ese gesto
esquivo de tal suerte

que acelera mi muerte,
y desgarra la herida
que acaba con mis sueños y mi vida.

LUZ. Os ruego que no habléis de esa manera
por respeto siquiera.
Casi de aquí se escucha
el rumor incesante de la lucha
en que mi padre se halla;
y si puedo perderle en la batalla,
no es bien que se distráigan mis dolores
con enojosas pláticas de amores.

ENRIQ. ¡Para qué hacerme amar! Yo no pensaba
en vos ni en otra alguna, y ya miraba
lejanas las pasiones en que el fuerte
encuentra vida ó proporciona muerte.
Erais muy niña aún: entre las flores,
que envidiaran sin duda esos colores,
jugábais una tarde,
haciendo airoso alarde
ante vuestras alegres compañeras,
en juegos y en carreras,
de infantil alegría.
Contemplándoos el ocio distraía
sin ser visto ni oído,
aunque no recatado ni escondido;
y ya rendidas, por tomar aliento,
hicísteis de la yerba blando asiento,
y en grupo á mí cercano
el reposo buscásteis en el llano.
Pasados del cansancio los rigores,
os pusísteis á hablar, ¿de qué? de amores;
que aunque todas rapazas,
prematuro cariño por las trazas,
que eran señales ciertas,
en el alma forzó las suaves puertas.

LUZ. ¡Otra vez esa historia! (Con disgusto.)

ENRIQ. ¿Por qué no repetirla si es mi gloria?
Allí vos explicásteis el tormento
de extraño sentimiento.
Que me amábais dijísteis,
y con tal sensación me conmovísteis,
que cual mozo aturdido,

matando de mis pasos el ruído,
cobarde el pecho y el cerebro loco,
abandoné aquel sitio poco á poco
sin darme de ello cuenta.
Quise huir de una dicha tan violenta;
mas como ya en mí estaba,
ni huyendo ni no huyendo la evitaba.
En fin, ya muy distante,
quise pensar en vuestra acción amante,
y el pensamiento huía,
quise gozar de toda mi alegría,
y con tenáz empeño
se me ofreció mi dicha como sueño.
Sin poder disfrutar de mi cariño,
hombre de hierro convertido en niño
notando con espanto
por mis toscas mejillas correr llanto,
extremecido el pecho,
presa mi vida, mi valor deshecho,
ví, perdida la calma,
que os amaba, señora, con el alma,
no que os amaba, no, que dije poco:
que era un esclavo, más; que estaba loco.

LUZ. Decís que era una niña. No trataba
otro hombre sino vos; cada una hablaba
de su pasión constante;
parecióme á mí mal no hallar amante.
Trece años no tenía.
¿De qué os podéis quejar?

ENRIQ. ¡Por vida mía!
¿Y es justo que en rigores
se conviertan en mi vuestros errores?
Hoy amáis á Rodolfo.

LUZ. (Con pasión.) Con el alma.

ENRIQ. ¡Oh! Callad, doña Luz, que ya sin calma
con más esfuerzo brota
el odio que en mi pecho no se agota.

LUZ. ¿Qué me queréis decir? (Con recelo.)

ENRIQ. ¿Lo sé yo acaso?

LUZ. Ya vuelven. (Escuchando.) ¡Oh!
(Con alegría, corriendo hacia la ventana.)

ENRIQ. (Con ironía.) Precipitad el paso:

No os privéis del contento
de verle victorioso. Ni un momento
de alivio me otorguéis. Alma cobarde,
(Aparte, por la suya.)
haces de amor alarde;
Rodolfo, tu cariño te arrebata,
y esta mano mezquina no le mata.

ESCENA XI

DICHOS, RODOLFO, ALFONSO X, DON ANTONIO, EDGARDO y Bandidos maniatados, Caballeros y hombres de armas.

ALF. Ni un momento mi justicia
se retarde: esos bandidos,
que en desprecio de las leyes
asaltan en los caminos
y hasta á su Rey se atrevieron,
pierdan en justo castigo
vista y manos, que al azote
brote su sangre hilo á hilo,
y que sirvan de escarmiento
colgados como racimos
á la puerta de la plaza.
Esto, Rodolfo, ahora mismo.

ROD. Señor, si de vuestro encono
podéis el justo motivo
dominar, en gracia al menos
de haberme Dios permitido
mandar á tiempo el socorro
de mi persona y los míos,
os suplico que mis bodas,
cuyo suceso bendito
es para mí, no se enluten
con llantos en sus principios.
Mazmorra el castillo tiene;
con cadenas y con grillos
allí quedarán seguros,
y pasado el regocijo
se cumplirá la sentencia.

ALF. ¿Temes á agüeros malignos?
ROD. No lo sé; pero parece
que nunca han de andar unidos
el dolor y la alegría.
ALF. No cuadran con aquel brío
tus temores infantiles;
mas todos somos lo mismo:
nos asustan las fantasmas,
y afrontámos los peligros.
Imperfección de la especie
es esta. En ella advertimos
que no Dios, sino el pecado
de nuestros padres nos hizo.
En fin, te debo quién sabe
si la vida, y no resisto.
Haz, pues, tu gusto.
ANT. (Aparte por Rodolfo.) El tal mozo
siempre rebelde. Un castillo (Alto, al Rey.)
tengo, señor, á jornada
y media de aquestos sitios.
Gentes traje que custodien
hasta allá á los foragidos;
y así en mis tierras, mañana,
sin turbar el regocijo
de la boda, la sentencia
puede cumplirse, que estimo
(Con intención)
que merece la justicia
más atención que el capricho.
Ya lo oísteis; disponéos
(A uno de sus caballeros.)
á ejecutarlo ahora mismo.
ROD. Don Antonio de Moncada, (Con altivéz.)
aprender habéis debido
de mis humildes excusas
para el Rey, lo que conmigo
por el deber se os impone,
ya que no por el cariño.
En vuestros bienes ejerzo
jurisdicción, en los míos
no la ejercéis, feudatario
que sois en mi señorío;

y si os pareció prudente
concertar ambos designios,
(Por el del Rey y el suyo.)
que era inútil, pues lo estaban
como ya vísteis, os digo
que aun al concertar se hacía
necesario mi permiso.

ANT. Hallándose el Rey presente,
él dispone.

ROD. No es lo mismo
que él disponga y que otro acuda
á estorbar lo convenido.
(Don Antonio va á hablar.)
Y atendamos al respeto.
(Por el Rey interrumpiendo á don Antonio.)
Rey de Castilla, aunque escritos
de vuestra mano me otorgan
facultad de que el castigo
en todo caso se dicte
por mí en este señorío,
si queréis hacer justicia,
de ese derecho prescindo.
Disponed á vuestro gusto
de esos feroces bandidos
y cumpliré la sentencia.

ALF. El Rey puede á su capricho (Con altivéz.)
hacer cesión de mercedes
y privilegios. Preciso
es para que tal otorgue
que ejerza en todo dominio
como señor, y bien claro
sin tener ni aun que decirlo,
que no acepte como gracia
ó merced el beneficio
que fué tan suyo, que á otro
lo dió porque él no lo quiso.
Eres joven para el mando
que ejerces. ¡Por Jesucristo! (Aparte.)
Otro don Sancho tenemos.

ROD. Perdonad... (Con humildad, al Rey.)

ALF. (Aparte.) Si aquel mal hijo
supiera que hay en Castilla

mozo tal, tan de su instinto,
ya tratara de atraerle
á la rebelión. ¡Qué altivo!
(Movimiento en Rodolfo como para disculparse ante el Rey.)
Ni una palabra. Ya dije
(Interrumpiendo á Rodolfo.)
que en gracia de aquel servicio,
condescendia á tu gusto.
Retarda, pues, el castigo
de esa gente; pero cuenta
que á la postre hay que cumplirlo.
(Movimiento de rencor en Rodolfo hacia don Antonio.)

LUZ. ¡Rodolfo! (Aparte á Rodolfo, calmándole.)

ROD. Nada me digas.
(Aparte á doña Luz.)
De él naciste.

LUZ. Te suplico...

ROD. ¡Que por él se me reproche! (Aparte.)
¡Ira de Dios!

ENRIQ. (Aparte por Rodolfo.) Tuvo el tino
de ofender al soberano.

ROD. Con cadenas y con grillos (A su gente.)
aguarden su fin funesto
en la cripta esos bandidos.
En un calabozo aparte
poned al jefe: es maligno,
y por tanto, peligroso.
(Vanse los Bandidos y Soldados que les custodian.)

ESCENA XII

RODOLFO, ALFONSO X, DON ANTONIO, ENRIQUEZ, DOÑA LUZ, DOÑA BEATRIZ, un Paje con luces y Caballeros y Soldados.

BEAT. Perdón, mi señor, os pido (Al Rey.)
por mi tardanza; ignorante
estaba de vuestro arribo.

ALF. Levantad.

BEAT. (Levantándose.) Rogando al cielo
que os salvara del peligro,
no sentí vuestra llegada.
ALF. A poco los regocijos
en que á mezclarme venía,
trueco en luto.
ANT. El Rey invicto
guardado está por el cielo
para bien de sus dominios.
BEAT. ¿Y venís sin daño alguno? (Al Rey.)
ANT. Sin duda.
ALF. Merced al brío
de Rodolfo y de su gente.
ANT. Teniendo como caudillo
al noble Rey de Castilla,
cobra esfuerzo el más mezquino;
y sin que se desconozca
ni menosprecie el auxilio,
pienso yo que de faltarnos
hubiera sido lo mismo.
LUZ. Sé, mi Rodolfo, prudente.
(Aparte á Rodolfo.)
ROD. A eso no pongo ni quito,
(Por lo que ha dicho don Antonio.)
que nunca entró en mis costumbres
alardear de hechos míos,
y ni busco recompensas
ni á galardones aspiro.
ANT. Si eso lo decís... (Con enojo.)
ALF. (Imponiéndose.) ¿Qué es esto?
Ante el monarca sumisos
se han de mostrar los vasallos,
tengan ó no sus motivos
de discordia. Y esto acabe
de una vez, ó, ¡vive Cristo!...
ANT. Si Rodolfo...
ALF. Tú y Rodolfo
faltásteis, mas lo concibo;
¡qué han de hacer los servidores
si se rebelan los hijos!
Mientras con vosotros me halle...
ANT. Yo os lo ofrezco, y perdón pido

por la falta cometida.

BEAT. Yo solicito lo mismo
para Rodolfo. Fué falta
de costumbre, que hoy se ha visto
por vez primera en presencia
de su rey.

ALF. (A doña Beatríz por Rodolfo.) Es muy altivo.

BEAT. Mas ya ha cerrado la noche, (Al Rey.)
y el cansancio del camino
reclama vuestro reposo.

ALF. Decís bien; ya no resisto.
No en balde los años pasan.
Indicadme, pues...

BEAT. (A don Antonio.) Lo mismo
os digo á vos, don Antonio.
Servid al rey, hijo mío, (Aparte á Rodolfo.)
y sed prudente.

ROD. (Aparte á doña Beatríz.) Lo ofrezco;
mas no me agrada el oficio
de cortesano.

ALF. (Despidiéndose de doña Beatríz.) Señora...

BEAT. Gozad de un sueño tranquilo,
(Despidiéndose del Rey.)
mi señor.

ALF. Dios os escuche,
que falta me hace.

ROD. (Aparte á doña Luz.) Contigo
quiero hablar cuando termine
con el Rey. En este sitio.
(Vanse Alfonso, Rodolfo, Soldados y Caballeros del Rey.)

ESCENA XIII

DON ANTONIO, DOÑA BEATRIZ, DOÑA LUZ,
y Caballeros y Soldados de don Antonio.

BEAT. De doña Luz yo me encargo
(A don Antonio.)
Vos conocéis el camino.
Id á descansar si os place.

ANT. Con vuestra venia. (Despidiéndose.) Bien mío,
(A doña Luz, aparte.)
sólo porque es de tu gusto
esta boda, me resigno
á emparentar con tal mozo.

LUZ. Le tratáis con tal desvío...
(Aparte á don Antonio.)

ANT. ¿Y no es justo? ¿Cuanto hereda,
de quién es? Mas Dios lo quiso.
(Se despide de su hija, y vase con sus Caballeros y Soldados.)

ESCENA XIV

DOÑA BEATRIZ y DOÑA LUZ

BEAT. Doña Luz, vuestro aposento
es el camarín vecino
á esta estancia, que es la mía.
(Indicando la puerta de la izquierda)
Están á vuestro servicio
mis doncellas. Que el descanso
os aproveche á Dios pido.

LUZ. ¿Vos no os recogéis? (Con interés.)

BEAT. Mis rezos
he de terminar; mas miro
por vos desde la capilla.

LUZ. Adiós, señora. (Despidiéndose.)

BEAT. (Aparte.) ¡Dios mío!
Castigad en mí mis faltas,
y haced feliz á mi hijo.
(Entra en la capilla.)

ESCENA XV

DOÑA LUZ, á poco RODOLFO

LUZ. Rumor de pasos siento;
Rodolfo es que regresa
(Mirando por el foro.)

de acompañar al Rey á su aposento.
Grave disgusto expresa
(*A Rodolfo que aparece.*)
tu semblante ceñudo.

ROD. En vano por borrar lo que ha ocurrido
á tu recuerdo virginal acudo.
Ni perdono ni olvido.

LUZ. Sosiégate, mi bien. ¿Tan ruín, acaso,
tienes el corazón, que de hombre viejo,
ya de la muerte á un paso,
reproche no perdonas ni consejo?

ROD. Que tu padre me agravie, lo perdono;
mas no soy yo el objeto de su encono,
sino Beatríz, Beatríz. Esto me irrita,
y la razón me quita
comprender que pretende
dirigir cuanto agravia, cuanto ofende
contra mi madre... Sí, que nada importa
no ser de ella nacido;
como hijo la he querido,
como madre amantísima se porta.

LUZ. ¿Y bien? Esta grandeza
(*Con acento de disculpa.*)
de que eres poseedor, según las leyes
otorgadas de antiguo por cien reyes,
pertenece á mi padre como dueño.

ROD. En ser de esto señor no tengo empeño.
Pero pueblos, Estados ó naciones,
cuando á su gusto su pujanza unieren,
no son de tal ó cuál, son de quien quieren.
¿Qué sostén este cambio necesita?
¿Una ley del monarca? Ya está escrita.

LUZ. Después de cruda guerra,
vencedora Beatríz, el Rey vencido.

ROD. Tal la razón ha sido
que produjo en el mundo los Estados
por todos respetados.
Y aunque en el tiempo su costumbre tuerza
la humana sociedad, y esto deseche,
ley que sólo á los pueblos aproveche,
no se hará por virtud, se hará por fuerza.
Mas demos al olvido

cuestión tan enojosa. Aquí he venido
por calmar una pena con que lucho.
De tí solo depende.

LUZ. Ya te escucho

ROD. Enríquez te persigue.
¿Por qué de ello hace alarde?
Sabe que en riesgo te hallas,
y dominando al corazón cobarde,
pues cobarde ha nacido,
se lanza á las batallas,
no fiero, embravecido,
á herir al adversario:
débil huyendo el golpe del contrario,
te salva por sorpresa,
y usando el hierro que al bridón advierte,
no el que lanza la muerte,
huye lobo rastrero con su presa.
¿Le amaste acaso tú?

LUZ. (Con sinceridad.) Jamás, Rodolfo.

ROD. Piensa lo que respondes:
(Con arrebato creciente.)
si la verdad escondes
y alguna vez el tiempo la declara,
cesara mi cariño, y te tratara
con tirano rigor. Tenlo entendido;
la que mi esposa sea
ni soñando ha de haber entretenido
con otro hombre su idea.

LUZ. Te juro...

ROD. (Serenándose.) Será así. Torpe me ofendo
sin causa ni razón.

LUZ. Eres injusto.

ROD. Mi injusticia comprendo.
Perdóname, mi bien.

LUZ. (Con dulzura.) Perdono á gusto;
pero no más.

ROD. Te quiero de tal modo,
que al pensar en tu amor la mente empieza
por corregir la ruín naturaleza,
que facultó á los seres
para eligir cariño á su deseo.
Júzgome yo tan tuyo, que hasta creo

que al venir á la tierra fué mi sino
hallarte pronto ó tarde en mi camino;
sentir entonces por la vez primera,
mas para siempre ya; de tal manera
que si rota la suerte
del sino con tu muerte
nunca á verte llegara,
por ninguna sintiera, á nadie amara.
Así debiera ser el fundamento
natural del amor; sin albedrío;
de este modo estuviera yo contento:
mi sino tuyo, tu destino mío.

LUZ. Yo no sé si el destino á tí me lleva;
mas sé que te amo así.

ROD. (Escuchando.) Siento ruído.

LUZ. Si me hallaran aquí, fuera mancilla.
(Con temor.)

ROD. En la capilla ha sido.

LUZ. Es Beatríz que saldrá de la capilla.
Adiós, Rodolfo, cesen tus temores
y confía en mi amor.

ROD. Hasta mañana.

LUZ. Espero á la ventana
el nuevo sol que anuncia mis amores.
(Vanse.)

ESCENA XVI

EDGARDO

Saltó en pedazos el hierro,
y libre vaga la fiera
por la torre. Vamos fuera.
¿Mas por dónde? (Con indecisión.)
Del encierro
se me ha agrandado el recinto;
pero encierro al fin y al cabo,
aquí me retiene esclavo.
Siento el rumor bien distinto
(Escuchando con recelo.)
de alguien que se acerca. ¿A ver?
(Observando desde un ángulo del foro.)

ESCENA XVII

EDGARDO y DOÑA BEATRÍZ

BEAT. Pienso que dulce consuelo
prestó á mis penas el cielo.
EDG. No hay cuidado: una mujer.
(Aparte, tranquilizándose.)
¡Beatríz!
(Alto con mucha alegría y sorpresa al reconocerla.)
BEAT. ¿Quién me nombra?
EDG. (Presentándose.) Yo.
BEAT. ¿Y tú quién eres? (Sin conocerlo.)
EDG. Repara
si no se borró mi cara
de tu memoria.
BEAT. (Reconociéndole con espanto.) ¿Qué? ¡no!
¡Edgardo! ¡Tú!
EDG. Menos fuerte,
ó has de perderme.
BEAT. ¿Estoy loca,
ó qué conjuro te evoca
en el antro de la muerte?
EDG. Sosiégate: nada extraño
ocurre; ya ves que vivo.
No temas de tu cautivo: (Con dulzura.)
nunca te pudo hacer daño.
BEAT. Calla. (Retirándose de él.)
EDG. (Con sorpresa.) ¿Tu enojo despierto?
¡Ira de Dios! Importuna
(Comprendiendo que ella le rechaza.)
á doña Beatríz de Luna
saber que vivo, ¿no es cierto?
Ve cuán distinto es en mí
el sentimiento: culpable,
esta vida miserable
la arrastro sólo por tí.
Quince años entre cadenas,
sin luz, sin vida bastante,
cinco años más que ando errante
entre martirios y penas;

buscando oculto sendero,
rechazado del camino,
deparándome el destino
la suerte del bandolero.
(Movimiento de espanto en doña Beatríz.)
¿Te aterras? ¿Piensas quizás
que no existe más quebranto?
Pues verte y causarte espanto
(Con mucho sentimiento.)
me parece mucho más.

BEAT. ¿Cómo aquí te hallas?
(Con mucha intranquilidad.)

EDG. En lucha
vencidos por tus guerreros,
yo y los míos prisioneros
caímos. Mi fuerza es mucha,
ya lo sabes, las cadenas
pude romper, y la escasa
abertura por do pasa
un rayo de luz apenas,
á mi cuerpo de reptil
prestó suficiente acceso.
Aunque más libre, estoy preso;
sentenciado á muerte vil
seré pronto, y la fortuna,
siempre enemiga, consiente
que me agarrote la gente
de doña Beatríz de Luna.

BEAT. Eso no es posible. (Con espanto.)

. ESCENA XVIII

DICHOS y ENRIQUEZ, al paño.

ENRIQ. Aquí...
(Aparte, al ver á Edgardo.)
Y estoy solo.

BEAT. (A Edgardo.) Ven conmigo.
Fuera inhumano el castigo.
No puedes morir así.

ENRIQ. (Ap.) ¿Qué dice?

BEAT. Salvarte quiero.
Tú no sabes... (Horrorizándose de una idea.)
ENRIQ. ¿Estoy loco?
EDG Ya el morir me importa poco. (A Beatríz.)
Has de escucharme primero.
BEAT. ¡Oh, no! tiempo no perdamos.
EDG. Tanto en la vida he perdido,
que perdí cuanto he vivido.
Oye: juntos nos hallamos
por el acaso otra vez;
tú bien sabes que te adoro;
que no anhelo más tesoro,
ni más gloria, ni más prez
dentro de mi sino adusto,
que tu amor y tu recuerdo;
tanto, que por ellos pierdo
hasta los cielos con gusto.
BEAT. No me hables de eso. (Con espanto.)
ENRIQ. (Aparte.) ¿Es soñar,
ó ilusión, ó desvarío?
EDG. Escúchame, dueño mío. (Con mucho amor.)
BEAT. ¡Calla, por Dios! (Aterrada.)
EDG A juzgar
por esta resolución
de salvarme, tú aún me quieres.
Si los más grandes placeres,
el colmo de la ambición,
cuanto posees en el día,
y más aún que te ofrecieran,
en otros tiempos hubieran
interpuesto su valía
para apartar de tí todo
tu amor, y darme al olvido,
tú me hubieras preferido.
¿Me quieres aún de ese modo?
BEAT. ¡Oh, déjame!
EDG. Si es así,
prisiones, deshonra, muerte,
estos veinte años sin verte,
toda esta vida sin tí,
ser en el mundo la hez
de lo humano, doy todo esto

por bien pasado, y me presto
hasta á pasarlo otra vez.
Pero tiempo es de que acaben
mis sufrimientos: si dura
tu pasión ó tu locura,
huirás conmigo. No caben
en el mundo dos pasiones
que atropellaron por todo
sin unirse de este modo.
Rompamos, pues, las prisiones,
que tú también estás presa
con prisión bien inclemente:
preso lo que aspira y siente,
lo que abraza, lo que besa.

BEAT. ¡Oh! desvarías. (Rechazándolo.)

EDG. (Con sorpresa y amargura.) ¡Resiste!

BEAT. Quiero salvarte

EDG. ¿Salvarme
y acabas de condenarme?
¿Tú olvidas que el sino triste
que es rémora de mi suerte,
y que resignado llevo
á tí solo te lo debo?
Si á tu esposo di la muerte,
por tí fué.

BEAT. (Con horror.) ¡Calla, por Dios!

EDG. Acudí á tu llamamiento
sin vacilar.

BEAT. ¡Qué tormento!
¡Por piedad!

ENRIQ. (Aparte.) ¡Fueron los dos!

EDG. Entonces, entonces era
muy justo á tu parecer
que yo dejara de ser
hombre y me trocase en fiera.
¡Qué horror si en aquel instante
(Con ironía.)
te abandono! Y es probado
que me hubieras despreciado
por no amarte lo bastante.
¿Qué menos por el amor
hace un hombre? Dar la vida;

ir de guarida en guarida
como asesino traidor;
sufrir cárcel vergonzosa;
dar el alma á Belcebú;
perderlo todo; mas tú,
tú, Beatríz, es otra cosa.
Dama de tanta valía,
se hizo á su antojo servir;
pero ¿cómo puede unir
su existencia con la mía?
Bueno fuera. Satisfizo
su gusto; pero ahí es nada
lo de quedar obligada
al criminal que ella hizo.
Perderlo todo quizás:
cierto que él cuanto tenía
por complacerla perdía;
pero ella perdiera más.

BEAT. ¡Señor! (Con angustia.)

EDG. Me asiste el derecho
de preguntarte: ¿en razón
crees que por el galardón
que me das lo hubiera hecho?
Te consta cual te constaba,
sin vacilación ni duda,
que si así te presté ayuda
fué sólo porque te amaba.
Un ajuste conviniste,
pues, y de gran importancia:
tu cariño y tu constancia
por esta existencia triste.
Libre del riesgo estás ya;
fué oportuno mi servicio;
queda en pié mi sacrificio,
¿y la paga dónde está?

ENRIQ. ¿Ya qué aguardo? (Aparte.)

BEAT. A Dios imploro
que me perdone y te asista.
Fija en Él siempre la vista,
tu culpa y la mía lloro.
Deja tranquila mi alma,
perdona el daño causado

y olvídate del pasado.

EDG. Ambos buscamos la calma
en lo infinito, en lo eterno;
pero de distinto modo:
tú lo esperas de Dios todo;
yo, maldito, del infierno.
El cielo, pues, no consiente,
siempre opuesto á mi fortuna,
que ni aun la muerte nos una.

ENRIQ. ¡A mí, Rodolfo! ¡Aquí gente!
(Alto, llamando.)

BEAT. ¿Qué es esto? (Con espanto.)

ENRIQ. (Cortando el paso á Edgardo.)
Si un paso das,
hallas la muerte en mi acero.

EDG. Sosiegue el buen caballero;
(Con abatimiento.)
el hierro estaba de más.
Dóime ya como vencido;
de mí á gusto disponéis;
por mucho que me quitéis
(Con amargura.)
no será más que he perdido.

BEAT. ¡Cielos! ¡Si acaso escuchó! (Aparte.)

ESCENA XIX

DICHOS y RODOLFO

ROD. ¿Qué ocurre?

ENRIQ. Que este malvado
la vigilancia ha burlado.
(Llevándose á Edgardo.)

ROD. Y madre, ¿os amenazó?

BEAT. No sé. (Atordida.)

ROD. ¡En vuestros ojos llanto!
Inquieta la faz se advierte.
¡Oh! Pagará con la muerte,
os lo juro, ese quebranto.
Desbórdase en mí la hiel
viendoos así, madre mía.

Morirá al rayar el día.
BEAT. ¡Ah! no; no seas cruel. (Con espanto.)
Tu sentimiento iracundo
acaso algún día llores.
Perdona á los pecadores:
(Abrazando á Rodolfo.)
todos pecan en el mundo.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUEZ y ABEL

ABEL. Capitán, por orden vuestra
hace muy poco avisóme
un hombre de don Antonio.
Aquí me tenéis.

ENRIQ. Pues oye:
ó más bien, díme primero.
Há poco vi en ese bosque,
(Indicando por la ventana.)
destacándose en lo obscuro
á la luz de unos hachones,
gentes de armas que partían
como de aquí.

ABEL. Desde el toque
que dieron de marcha estuve
en los altos miradores. (Por los del castillo.)

ENRIQ. Vi luz tras ellos; la sombra
destacándose de un hombre,
é imaginé que tú eras.

ABEL. Pues acertásteis.

ENRIQ. ¿Y adónde
esa gente caminaba?
¿Tú lo sabes?

ABEL. Se conoce
que habéis olvidado un uso
de este feudo: los varones
que en él casan, sobre todo
si los tales son señores,
antes de rayar el día
de su boda, van al monte
en son de caza, y la presa
de más mérito, se pone
como manjar preferente
en el festín de la noche.

ENRIQ. ¿Luego Rodolfo?...

ABEL. No quiso
que el uso de sus mayores ..
digo, de los que él hereda,
se perdiese.

ENRIQ. Pues entonces
tardará en llegar.

ABEL. Supongo,
aunque él es diestro y el monte
no está distante.

ENRIQ. Me alegra
su partida. De los nobles
que á las fiestas acudieron
de la boda, los mejores
se hospedan en el castillo;
otros en habitaciones
vecinas.

ABEL. La fortaleza
no tiene, con ser enorme,
comodidad para tantos.

ENRIQ. Mientras los más esta noche
al reposo se entregaban,
han ocurrido en la torre
sucesos, que he sorprendido
por acaso, y fuera torpe
el ocultar. Don Antonio,
que perdió hacienda y honores
contra justicia, pudiera

recuperarlos de un golpe
Tú eres antiguo en la casa;
á mi buen tío, favores
debes que nunca se olvidan
por quien sustenta blasones.
¿Quieres ayudarme?

ABEL. ¡Claro!
En cuanto me deis informes
de lo que sucede.

ENRIQ. (Con acento persuasivo.) Eso
no es posible.

ABEL. Soy muy torpe
y no comprendo el motivo...

ENRIQ. Para que mejor se logre
el objeto, has de servirme
sin que ni tú ni los nobles
cuyo apoyo necesito,
sepáis otros pormenores
hasta que llegue un momento
que has de preparar.

ABEL. (Contrariado.) Razones
para eso tendréis; mas digo
que esto de que yo os apoye
sin que del caso me entere,
aunque se encubra ó se dore,
parece desconfianza.

ENRIQ. ¡Ah! no; mas diz que en los bosques
huye el león de la gente
que le busca, si supone
que aún no fué visto. La afrenta
no es afrenta si se esconde
sólo en aquel que la sufre.
Aquí tienes las razones
del secreto: si el suceso
aisladamente conocen
los agraviados, pudieran
sin temor á infame mote,
eludir el compromiso.
Público, y no por rumores,
el hecho, sino en solemnes
circunstancias, ya se impone
la decisión. Esto busco,

y nada digo hasta entonces.
ABEL. Sentiría que un suceso, (Con indecisión.)
que, según decís, favores
produjera á don Antonio,
por mí fracasara.
ENRIQ. Ponte,
pues, en razón, y resuelve.
ABEL. ¿Qué he de hacer?
ENRIQ. Con los señores
que á las bodas acudieron,
avistarte. Sin que en nombre
de nadie vayas, decirles
que se sabe que los nobles,
en el salón del castillo...
este en que estamos, disponen
una reunión, á presencia
del Rey, para asuntos de orden
del señorío, que entrañan
interesantes cuestiones,
y que por si les conviene
acudir, la voz que corre
haces que llegue hasta todos.
Nada más.
ABEL. Pues no supone
riesgo alguno, ni aun trabajo.
ENRIQ. Ya lo ves. ¿Tienes temores?
ABEL. Ninguno.
ENRIQ. ¿Te encargas de ello?
ABEL. Ahora mismo. Pero informes
necesito de la hora
de la reunión.
ENRIQ. Cuando albore.
ABEL. ¿Nada más pedís?
ENRIQ. Que el cielo
haga que mi plan se logre.
ABEL. Así lo hará si es justicia.
Hasta pronto. (Despidiéndose.)
ENRIQ. Adiós, y corre. (Vase Abel.)

ESCENA II

ENRIQUEZ

Qué inquietud. No la he sentido
nunca tal. ¡Bah! No hay razones
para temer. Si prudente
hago que el Rey y los nobles
se enteren de lo ocurrido,
y además todos conocen
que se hallan todos del hecho
enterados, huir un choque
negligentes ó cobardes
fuera indigno de su nombre.
Luz, al fin, será mi esposa.
Mas, ¿quién llega? Pasos se oyen.
(Escuchando.)
Garcés, me parece. (Mirando por el foro.)
Un niño ..
(Reflexionando.)
Que no sepa... no malogre
nuestro plan. Pero conviene
conocer si está conforme
con la suerte de Rodolfo.
La envidia en los mozos roe,
y quién sabe si es el alma
de este combate. Aunque joven
tiene prestigio en la gente,
y sin duda para un golpe
pudiera servirnos.

ESCENA III

ENRIQUEZ y GARCÉS

GARCES. ¡Hola,
capitán! ¿Con los albores
del día nos levantamos?
ENRIQ. No dormí en toda la noche.
GARCES. Ni yo tampoco. Mi estancia

bajo estas habitaciones
viene á dar, y tal retumba
la bóveda al menor choque,
y tan contínuos los pasos
fueron sobre ella, que dióme
por pensar en si ocurría
algo de extraño, y llevóse
el diablo el sueño.

ENRIQ. Perdona
que yo velando, conforme
á mis deberes, produje
con mis pasos los rumores.
Encarguéme por mi cuenta
de ser guardián de la torre,
y coloquéme á esta parte
(Por la de la izquierda del foro.)
que ya sabes corresponde
por esa angosta escalera
(Indicando la puerta de la izquierda del arco.)
á la prisión de ese hombre;
del jefe de los bandidos
apresados.

GARCES. Bravo porte
tiene el tal.

ENRIQ. Es peligroso;
el Rey quiere que le ahorquen,
y como Rodolfo mira
con más calma estas cuestiones,
y al Rey es justo se agrade,
hubiera sido de torpes
confiar á la custodia
ordinaria las prisiones.

GARCES. No hay miedo de que se escape.

ENRIQ. Lo que es ya el asunto corre
de mi cuenta. ¿Y qué imaginas
(Con intención.)
de haberse negado anoche
el batallador Rodolfo (Con afectación.)
á castigar á esos hombres? (Por los Bandidos.)

GARCES. No me extrañó; siempre ha sido
lo mismo. Ante las legiones
que ha de combatir, parece

fiera irritada, y al choque
de cien rayos se asemeja
su embestida; allá se rompen,
por do él entra, del contrario
los más fuertes escuadrones;
pero si al cabo vencido
y desarmado, le ponen
á su contrario delante,
no haya miedo de que tome
venganza cruel; se torna
en rapáz medroso entonces,
y más que á dar escarmiento
á perdonar se dispone.

ENRIQ. Es oficio muy difícil
el de señor; los más nobles
en él se estrellan. Rodolfo,
humilde nació; sin nombre,
y aun con valer tanto tiene
en su sangre de su innoble
origen, muy á menudo
fatales indicaciones.

GARCES. ¡Capitán! (Protestando.)

ENRIQ. Lo que te digo
lo dicen, aunque te enoje,
todas las gentes del feudo;
los que en el feudo suponen
algo. Se murmura, y puede
dañarle lo que se corre.
¿Tú no sabes que en un reino
vecino existen señores,
que mal con el ocio buscan
satisfacer sus pasiones
guerreras, dando batidas
por senderos y por bosques
al caminante indefenso?
Cuadrillas de salteadores
son sus gentes; sus victorias
se traducen en montones
de riquezas por rescates
que exigen, ó lo que cogen
al infelíz pasajero
que acometen. Lo que oyes

es lo que, acaso, se dice
de Rodolfo.

GARCES. (Con indignación.) Necias voces.

ENRIQ. Quizás lo son; pero cuenta
que son muchas, que las torpes
apariencias comprometen,
y que las suposiciones
aumentaron con negarse
ayer Rodolfo á dar orden
de ejecución inmediata
para esos viles ladrones.
Está por él, es inútil; (Aparte por Garcés.)
pero la calumnia corre
y algo pudiera ayudarnos.

GARCES. ¿Conque jefe le suponen
de bandidos?

ENRIQ. Eso dicen.
Yo no lo creo.

GARCES. Pues noten
los que murmuran, desprecio
ó amenaza en los que oyen,
y cesarán en su empresa;
pero esas murmuraciones (Con intención.)
halagan ciertos oídos,
y crecen y se hacen montes,
hasta que llegan á alguno
que de ellas no gusta: entonces
ya se acabaron los cuentos;
y yo os juro por mi nombre,
que antes de mucho Rodolfo
sabrá...

ENRIQ. (Con indiferencia.) ¿Y eso qué supone?
Dilo en buen hora.

GARCES. Al momento
que él llegue.

ENRIQ. Pues en paz goces
lo que te valga el servicio.

GARCES. No soy como ciertos hombres
(Con intención.)
que al pensar en hacer algo
piensa en la paga. ¿Conque,
me entendisteis?

ENRIQ. ¡Vive el cielo!
GARCES. ¡Ira de Dios! (Amenazándole.)
BEAT. (Apareciendo por la puerta de la izquierda.)
¿Qué desorden
es este?
GARCES. (Disculpándose.) Yo, mi señora...
BEAT. Idos los dos.
GARCES. (Mirando á Enríquez con amenaza.)
¡Por mi nombre! (Vase.)

ESCENA IV

DOÑA BEATRÍZ y ENRÍQUEZ

ENRIQ. ¿A qué vendrá? (Observándola desde el foro.)
BEAT. (Creyendo que Enríquez se ha marchado.)
Si pudiera...
La guardia es mía: sin duda (Con esperanza.)
por la mina con su ayuda
Edgardo se hallará fuera.
¡Qué vacilo!
(Dirigiéndose á la puerta de la izquierda del arco.)
ENRIQ. (Adelantando hacia ella.)
Mi señora...
BEAT. ¡Oh! ¿Quién es? (Con sobresalto.)
ENRIQ. (Con respeto.) Señora, yo.
¿Mi presencia os asustó?
Perdonad.
BEAT. (Tranquilizándose.)
Me hallaba ahora
de estar sola en la creencia;
y como me habéis hablado
sí que me he sobresaltado.
ENRIQ. Perdonad mi inadvertencia.
BEAT. Dije que sola quería
(Indicándole que se retire.)
estar.
ENRIQ. (Resistiéndose con respeto.)
Señora...
BEAT. (Sin entender que Enríquez se resiste.)
Salid.

ENRIQ. ¿Queréis que salga? Advertid
que aunque mi gusto sería
serviros, es á mi ver
imposible la obediencia
á vuestra órden, si á conciencia
he de cumplir mi deber;
que Rodolfo me ha ordenado
con mandato bien expreso,
que me encargue de ese preso.

BEAT. ¿Rodolfo os ha confiado?. .
(Con extrañeza.)

ENRIQ. Lo que os dije me ordenó.

BEAT. ¿Y bien; qué es lo que teméis?
(Con impaciencia.)
Yo os digo que os retiréis.
Rodolfo á cuanto haga yo
ha de dar su asentimiento.
Salid, pues.

ENRIQ. (Aparte.) Quiere salvarle.
Pienso que habéis de enojarle ..
(Alto por Rodolfo.)
perdonad mi atrevimiento,
si os obstináis en hacerme
salir. Sabéis que ocasión
tuvo el astuto ladrón
para escapar, y á no haberme
hallado, señora, aquí,
se librara de su suerte,
acaso dándoos la muerte.
A Rodolfo me ofrecí
en vista de esta osadía;
su aceptación alcancé;
á la gente relevé
y encargué á mi compañía
la guardia del prisionero.

BEAT. ¿Variásteis la guardia vos? (Con disgusto.)

ENRIQ. Sí señora.

BEAT. (Aparte, contrariada.) ¡Santo Dios!
Ya es más difícil.

ENRIQ. Y espero
que guardado por mi gente,
no ha de escapar, que á Dios juro

que esté en su cárcel seguro.
Quiere salvarle; es corriente, (Aparte.)
mas me opondré aun con rigor
si persiste de ese modo.

BEAT. Atropellemos por todo, (Aparte.)
¿á qué este extraño temor?
Capitán, dejar podéis (Alto con resolución.)
la guardia, es mi voluntad.
La responsabilidad
yo la acepto. ¿No entendéis?
(Al ver que no obedece.)
Salid de aquí.

ENRIQ. Es muy estrecho
el deber, y él me socorre:
el Alcáide de la torre
tan sólo tiene derecho,
estando Rodolfo ausente,
y á él sujeto mis acciones,
á librar de obligaciones
y á disponer de la gente.

BEAT. Pues basta ya; si él decide...
(Con resolución.)

ENRIQ. A mis deberes me atengo.

BEAT. Está bien; con la orden vengo
que vuestro respeto pide. (Va á salir.)

ENRIQ. Meditad... (Deteniéndola.)

BEAT. (Con imperio.) Abridme paso.

ENRIQ. Es que os conviene saber,
que esa orden pudiera ser
inútil en este caso.
Hay que impedirlo ante todo. (Aparte.)

BEAT. ¿Tampoco acatáis la ley? (Con sorpresa.)

ENRIQ. Ese bandido es del Rey. (Por Edgardo.)

BEAT. ¿Y bien? ¿Qué?
(Aparentando que no entiende.)

ENRIQ. Que de tal modo
descubrís vuestra intención
cuando así me relevéis,
que parece que intentáis
librarle de la prisión.

BEAT. ¿Eso pensáis? (Aparentando tranquilidad.)

ENRIQ. Eso, sí.

BEAT Estáis loco. (Va á salir.)
ENRIQ. (Oponiéndose.) ¡Por Dios vivo!
Ved que contaré el motivo
porque me apartáis de aquí.
BEAT. Calumnia se juzgará,
(Aparentando tranquilidad.)
como lo es.
ENRIQ. Pues así y todo
lo contaré de ese modo.
Y aunque nadie me creerá,
si tratándose de vos
refiero que en esta estancia,
por extraña circunstancia
anoche os hallé á los dos
(Por ella y Edgardo.)
tratando de cierta historia,
que por ser interesante
quedó desde aquel instante
para siempre en mi memoria...
BEAT. ¿Cómo? ¿Qué? (Con espanto.)
ENRIQ. Ni si refiero
vuestras locas pretensiones
de deshacer las prisiones
que afligen al bandolero,
y esto bien claro se advierte,
pues mi custodia os fatiga,
si me creerán cuando diga
que el esposo, cuya muerte
lloráis con tanta amargura (Con ironía.)
vistiendo constante luto,
pagó á la tierra el tributo
merced á la mano dura
de ese bárbaro asesino, (Por Edgardo.)
que del Rey pudo librarse.
BEAT. ¡Oh, Dios! (Aterrada.)
ENRIQ. No puede tomarse
por ficción ó desatino.
Esto es verdad, verdad rara,
que puede hacerse patente,
porque entre la antigua gente
hay quien recuerda su cara.
Y piense bien mi señora,

que ya lo piensa sin duda,
lo que esto su suerte muda
(Por la de Edgardo)
si se descubriese ahora.
Ni Rodolfo de esa suerte
pensara ante la evidencia,
en retardar su sentencia:
será inmediata su muerte.
¡Y esta dicha interrumpida
por esa escena tan triste!
Él, por vuestro bien, existe,
y un hora de vida es vida.

BEAT. ¡Dios mío! (Suplicante.)

ENRIQ. Ya eso es razón.
Ya suplicáis.

BEAT. ¿Qué queréis
por callar?

ENRIQ. Que me dejéis
cumplir con mi obligación.
Que os retiréis en seguida
sin replicar.

BEAT. (Con sumisión.) Voy ahora;
pero juradme...

ENRIQ. (Negándose.) Señora...

BEAT. No hay remedio: estoy perdida.
(Aparte. Vase.)

ESCENA V

ENRIQUEZ y DON ANTONIO

ANT. ¡Hola! ¿Entretienes el ocio,
¡vive Dios! con esa hembra,
(Por doña Beatríz)
á quien los cielos confundan?

ENRIQ. Amén, y que yo lo vea.

ANT. Me irrita...

ENRIQ. ¿Y que tal la noche
pasásteis?

ANT. Hecho una fiera.
Cada vez que á ese hombre veo,

(Por Rodolfo.)
reniego de... Me desprecia,
me sonroja. Ante el monarca
quiso humillarme. Por fuerza
delitos de mis mayores
vine á pagar á esta tierra.

ENRIQ. Y que los pagáis bien caros.
Pero vos tenéis paciencia,
(Con acento de burla.)
y lo soportáis con calma.

ANT. A un lado memorias deja, (Con disgusto.)
que en el alma mortifican.

ENRIQ. Pues tenemos que hablar de ellas.

ANT. No sé á qué.

ENRIQ. Decidme os ruego:
si á doña Luz os pidiera
para esposa, y por su mano
os entregara la hacienda,
que por desgracia perdísteis,
¿se me otorgara?

ANT. (Con sorpresa.) ¿Es que sueñas?

ENRIQ. Pronto lo veréis. Ya poco
falta para que se sepa
si estos son sueños. Reunidos
aquí los nobles que cuenta
en su recinto la villa,
oirán de mí cosas nuevas
é inesperadas que ocurren.
Entonces...

ANT. (Aturdido.) Que yo te entienda,
ó juraré que estás loco.

ENRIQ. Si lo estoy no hay gente cuerda.
¿Cuento con lo que demando?
Porque el momento se acerca
de que os enteréis de todo,
que ya los señores llegan.
Miradlos (Indicándole que se asome.)

ANT. (Mirando por la ventana.) ¿Pero es que sueño?

ENRIQ. Decid al Rey que interesa
que á una reunión que los nobles
en este sitio celebran,
él asista.

ANT. (Aturdido.) Es que no acierto
ni á pensar...
ENRIQ. (Por los nobles que aparecen al foro.)
Ved que ya entran.
ANT. Si no te engañas y logro
con tu auxilio mis haciendas,
mi palabra desde ahora
te empeño: con mi Luz cuenta.

ESCENA VI

ENRIQUEZ, ABEL, DON ANTONIO y CABALLEROS

ANT. El Rey viene. (Viendo que se acerca.)
ENRIQ. Pues os libra
de un trabajo y tiempo abrevia.
ABEL. Vuestro encargo está cumplido
como veis. (Indicando á los Caballeros.)
ENRIQ. Y con presteza
que te alabo.
ABEL. Aunque soy viejo
sirvo aún.
ENRIQ. Pues ahora observa
por si llegara Rodolfo
ó Garcés, ó alguien que pueda
estorbarnos; tú me entiendes.
ABEL. Pondré como centinelas
de toda mi confianza,
y vuelvo que ya el Rey llega.
(Vase y vuelve á poco.)

ESCENA VII

DICHOS y DON ALFONSO X

ALF. ¿Cómo la gente reunida?
ENRIQ. Una cuestión que interesa.
ANT. Yo iba á llamaros. (Al Rey.)
ALF. Si hay priesa
y esperábais mi venida
para tratar del asunto,

ya por mí no se dilata.
ENRIQ. De hacer justicia se trata.
ALF. Explica punto por punto
el por qué se ha de exigir;
que en todo caso, á mi ver,
lo primero es conocer
y lo postrero pedir.
ENRIQ. El suceso es muy extraño,
peligroso.
ALF. Si es de ley, (Con entereza.)
justicia tendrás del Rey,
nos venga ó no venga daño;
y ¡ay del que llegue á intentar!...
ENRIQ. Lo que ocurre quizás sea
tan grave que no se crea.
ALF. ¿A quién tienes que acusar,
(Con impaciencia.)
ó qué vienes á decir,
que te preparas de sobra?
ENRIQ. Exígelo así la obra. (Disculpándose.)
ALF. Pues si la has de concluir,
abrevia, que no me avengo
con tan raras dilaciones.
¿Contra quién van tus razones?
ENRIQ. Pues contra Rodolfo vengo.
ALF. ¡Vaya por Dios! Tanto hablar
para cosa tan sencilla.
Dicen que el Rey de Castilla
tiene el don de adivinar
cuanto pueden dar de sí
los hombres: tu temor cese,
y habla de una vez, que á ese
le conozco más que á mí.
Hablé con él sólo un día,
el de ayer; pero me basta
para conocer la casta,
pues cuando hablaba, creía
los acentos escuchar
del hijo que me dió el cielo
para eterno desconsuelo.
¡Vive Dios! ¡Qué blasonar
de orgullo! Ya estaba harto.

Aseguro sin rebozo
que mi Sancho y ese mozo
parecen del mismo parto.
¿Qué demonio te tentó (A don Antonio.)
para elegirle por yerno?

ANT. Puso en mi Luz el infierno
amor tal...

ALF. Ríome yo
de pasiones, si obediencia
hay á los padres. ¿Qué cosa
es hija voluntariosa
cuando aún no tiene conciencia
de si su gusto es razón?
No tienen los hijos buenos...
no deben tener al menos
ni voluntad ni opinión.
Pero á nuestro asunto vamos,
(Indicando á Enríquez que continúe.)
que al parecer interesa.
Habla, pues.

ENRIQ. Aunque me pesa
decirlo, los que aquí estamos
no podemos consentir,
sin mengua de la hidalguía,
que rija el feudo ni un día
quien no lo debe regir.

ALF. ¿Por qué no debe? ¿Son quejas
(Con sospecha.)
que ruín envidia ocasiona?
Rigiéralo otra persona, (Por don Antonio.)
según prácticas añejas,
si ese furor que ahora estalla
(Por la actitud de Enríquez y los Caballeros.)
fuera de tiempo, á mi lado
lo hubiérais manifestado
en el campo de batalla,
que ya vine á sostener
los preceptos de las leyes.
No os pueden volver los Reyes
lo que dejásteis perder.
Conque si es este el objeto
de la reunión, no me agrada,

y la doy por terminada.

ENRIQ. Acataré con respeto
lo que ordena mi señor. (*Por el Rey.*)

ALF. Así se debe en conciencia.

ENRIQ. Pero si me dais licencia,
veréis si tienen valor
mis palabras, porque infiero
que no hay motivo que exija
que en este feudo nos rija
el hijo de un bandolero.
(*Gran extrañeza en todos.*)

ABEL. ¿Cómo?

ANT. ¿Qué dice?

ALF. No sé
qué es lo que quieres decir.

ENRIQ. Que esto llegué á presumir...

ALF. ¿Presunciones? ¡Por mi fé! (*Con enojo.*)
Grandes son mis prevenciones
contra Rodolfo; ¡más digo!
¡Fuera bueno dar castigo
no más que por presunciones!
Tenlo para otra presente. (*A Enríquez.*)

ENRIQ. Señor... (*Con sumisión.*)

ALF. Y basta por hoy.

ENRIQ. Apesadumbrado estoy
de haber sido irreverente,
aunque lo fuí sin conciencia
de que lo era; pero aún cabe
conocer de otro hecho grave.
(*Movimiento de impaciencia en el Rey.*)
De éste tengo la evidencia.

ALF. ¿Otra?

ENRIQ. Es delito probado.

ALF. Venga, pues.

ENRIQ. Ello parece
un cuento; mas si os merece
crédito mi nombre honrado,
creeréis todos los extremos
de este caso, pues por Cristo,
que lo que os cuente lo he visto.

ALF. ¿Qué viste, pues? Y acabemos,
que ya me impaciento á fé.

ENRIQ. Pues señor, anoche aqu
una confesión oí
inexplicable.

ALF. ¿Qué fué?

ENRIQ. Beatríz con ese bandido (Por Edgardo.)
hablaba. La libertad,
aunque hay gran dificultad,
logró por sí, ó protegido
por alguien muy importante;
pues para librar á un preso
lo ha de ser.

ALF. (Muy impaciente.) ¿Qué importa eso?
Vamos á lo interesante.
Hablaban. ¿Dé qué?

ENRIQ. Señor,
aunque el hecho es muy extraño
afirmo que no me engaño:
ellos se hablaban de amor.
(Gran sorpresa en todos.)

ALF. ¿De amor?

ANT. (Sin comprender.) ¿Qué es esto?

ENRIQ. Lo juro.

ALF. Bueno; pero el hecho explica,
que á la razón mortifica
aún sospechar, por lo duro
del oprobio, que mujer
de tal nombre y de tal fama,
se envilezca hasta ser dama...

ENRIQ. Pues es preciso creer
que así son sus confesiones.

ANT. Me asombra...

ENRIQ. Pero hay más que eso.
Ese bandolero preso
se fugó de las prisiones
del Rey. En ellas estaba
por haber muerto traidor
como asesino, al señor
que este feudo gobernaba.
(Movimiento de asombro en todos.)

ALF. Es posible. (Como recordando.)

ANT. ¿Será cierto?

ENRIQ. Yo lo escuché de su boca.

Él infame y ella loca,
puestos ambos de concierto,
decretaron su ruína; (Agitación general.
así, no puede donar;
porque no puede heredar
la que roba y asesina.

ANT. ¡Los dos! (Con espanto y alegría.)

ALF. (Convencido.) Crédito merece
tu juramento; mas cabe
dudar de un hecho tan grave;
y cuando un caso se ofrece
en que se ha de condenar
sin que el castigo se excuse,
no es bastante que uno acuse:
el crimen se ha de probar.

ANT. Él lo ha visto. (Al Rey, por Enríquez.

ALF. ¿Y no otro alguno?

ENRIQ. Como si lo vieran ciento:
afirmo con juramento.

ALF. La ley pide más de uno,
y es preciso...

ANT. (Contrariado.) Si la ley
mayores pruebas codicia,
que las busque la justicia.

ALF. ¿Quién da lecciones al Rey? (Con firmez
¡La justicia! Fácil fuera
á un Rey y señor de todo,
organizar de tal modo
su gente, que no pudiera
encubrirse una traición
ni cualquiera otra mancilla;
pero estamos en Castilla,
y con esta ruín unión
que á alguno el cielo demande,
y combatir fué mi empeño,
de tanto Estado pequeño,
y tanto pequeño grande,
vaya el Rey á averiguar...
¿qué? ni á intentarlo siquiera;
aun ya averiguado, fuera
muy difícil castigar
sin causar un rompimiento.

¿Condena el Rey? A otro rancho,
que por ahí anda un don Sancho
en busca del descontento.

ENRIQ. Señor, no es fácil la prueba
hallar, mas buscarla juro.

ALF. Pues si el delito es seguro,
(Con gran energía.)
aunque la gente se mueva
en desprecio de la ley,
como en pasadas cuestiones,
y vuelva sus escuadrones
para humillar á su Rey
en pro de viles empresas,
que son su oprobio y mancilla,
yo prometo que Castilla
hará este feudo pavesas. (Vase.)

ESCENA VIII

DICHOS, menos ALFONSO X

ENRIQ. El Rey teme.

ABEL. Bien se ha visto.

ANT. Descubrimiento asombroso,
pero inútil.

ENRIQ. (Con esperanza.) ¿Qué sabemos?
El cielo en nuestro socorro
puede venir. Esas pruebas.. (Meditando.)

ANT. ¿En el cielo esperas? ¡Loco!
Pero si lo que fué mio (Con resolución.)
doy por perdido, no dono
lo que aún poseo; mi hija
no puede ser de ese mozo
por cuyas venas circula
sangre vil. Sin testimonio, (A Enríquez.)
en cuanto dijiste creo.

ENRIQ. Bien hacéis.

ANT. Desde ahora rompo
el compromiso, y al punto
la vuelta á mi casa tomo.

A avisar voy á mi hija.
(Vase. Entra un Soldado y habla con Abel.)

ENRIQ. A lo menos esto logro.
(Con satisfacción por lo que ha dicho don Antonio.)

ABEL. Rodolfo se acerca.
(Transmitiendo la noticia que le dió el Soldado.)

ENRIQ. (A Abel.) Vente.

ABEL. ¿Por qué? ¿Os espanta su rostro?

ESCENA IX

DICHOS, RODOLFO y GARCÉS

GARCES. A tratar de ello, sin duda,
(Aparte á Rodolfo.)
se reunieron.

ROD. (Aparte á Garcés.) ¿Con que al oro
de los bandidos me vendo?

GARCES. Eso dicen.

ROD. ¿Que me opongo
á que la ley los condene
porque el fruto de sus robos
con ellos parto?

GARCES. Así Enríquez
me lo dijo; y yo supongo
que á eso la reunión se debe.
El motivo desconozco
si es otro del que os indico.

ROD. Tratarán de poner coto (Con ironía.)
á tanta audacia. Hazte á un lado
mientras que los interrogo.
¿Aquí reunidos? ¿Qué ocurre? (Alto.)
¿Nadie contesta?

ABEL. (Ap. por Rodolfo.) Con poco
que me obligue me desmando.

ROD. ¿Qué inquietud en vuestros rostros
advierto?

ABEL. (Ap. negando.) En lo que á mí toca...

ROD. ¿Nadie responde? (Con impaciencia.)

ENRIQ. (Procurando disimular.) Respondo
que nada ocurre. El momento
se acerca del matrimonio
y han acudido.

ROD. Y por Cristo
que con tiempo. (Va á hablar Enríquez.)
No te oigo,
(Interrumpiéndole.)
tampoco te he preguntado;
busqué verdad en los otros,
de tí sé que no la dices
ni aun á tí mismo.

ENRIQ. (Dominando la ira.) ¡Rodolfo!

ROD. Habla tú, Abel.

ABEL. (Excusándose.) Como quiera
que el preguntar es ocioso...

ROD. ¿Tampoco tú? Pues os digo
que ni hace falta. Más pronto
así me enteré; si rugen
amontonados los lobos,
alguna presa destrozan.

ENRIQ. ¿Qué decís?

ROD. Que os une el odio,
y siendo este el consejero,
no es mucho que se haga acopio
de calumnias. Bien mirado
la nobleza es necio estorbo,
y el arma de los traidores
no es el hierro, que es el lodo.

ABEL. ¡Ira de Dios! ¡Ese agravio!
(Con furor contenido.)

ENRIQ. ¡Esa ofensa! (Dominando la cólera.)

ROD. Es que os conozco:
en las lides por la espalda,
en la traicion por el rostro.

ENRIQ. Ya basta. (Con furor.)

ROD. (A Enríquez.) Luce ese brío.
Todos á un lado, que ansioso
(Como disponiéndose á combatir.)
estoy há tiempo de verte
luchar, y no os cause asombro;
(Á los demás.)

que aunque usa espada y revueltas
hubo á cientos en que todos
entramos, lo que es á éste (Por Enríquez.)
debió tragárselo el polvo,
porque en la vida le he visto
luchar ni mucho ni poco.

ENRIQ. Si á mi señor no mirara
en vos... (Dominándose.)

ROD. (Con ironía.) Tu adhesión conozco,
y más en este momento.
Mas cuenta que no ahora sólo
soy el señor, sino siempre;
que te convierto de un soplo
de capitán en mendigo.
Y basta ya, que el enojo
para con vosotros sobra.
Salid de aquí. Cuando el gozo
por estas fiestas termine,
partid de la villa todos
y para siempre: no quiero
veros más. En los despojos (Con desprecio.)
que disfrutáis de mi hacienda
vivid en paz ó rabiosos
preparando la venganza:
no es temible entre vosotros.

ENRIQ. Pero es que yo... (Protextando.)

ROD. Salid, digo.

ENRIQ. ¡Ira de!... (Aparte.)

ABEL. (Aparte.) Me desconozco.

(Vanse todos menos Rodolfo y Garcés.)

ESCENA X

RODOLFO y GARCÉS

ROD. ¡Miserables! (Por los que se han retirado.)

GARCES. Tan infames
como débiles.

ROD. Con todo,
bueno es prevenirse: aislado

huye cobarde el raposo;
pero unidos acometen
al cazador.

GARCES. (Con confianza.) ¡Bah!

ROD. Dispongo
de los soldados y el pueblo;
á los unos y á los otros
me confío. Que las puertas
se abran para el pueblo todo
al comenzar el solemne
acto de mi desposorio;
y tú, en la plaza reunidos
ten de los más belicosos
doscientos hombres; que armados
si es preciso, acudan todos
y así ya pueden los nobles
promover un alboroto.

GARCES. Aquí doña Luz se acerca.
(Mirando hacia el foro.)

ROD. Vete, pues, y...

GARCES. Yo respondo. (Vase.)

ESCENA XI

RODOLFO y DOÑA LUZ

LUZ. ¡Rodolfo! (Con amargura.)

ROD. (Con sorpresa.) ¿Qué te sucede
que inunda tu rostro el llanto?
Dílo pronto. ¿A qué ese espanto?
¿Temer á mi lado puede
la que sabe que el amor
trueca al hombre en tigre fiero,
y sabe á más que la quiero
con mi cariño mayor?
Habla; tu pecho sosiega;
tranquilízate y acaba,
que más el daño se agrava
cuanto más tarde me llega.
¿Aún esas quejas traidoras?

¿Por quién son tus desconsuelos?
Mira que hasta tengo celos
de la pena porque lloras.

LUZ. Es tal que en dudas me abismo.
Mi padre...

ROD. Ya no me extraño;
le he dejado haciendo daño
y sigue haciendo lo mismo.
¿Qué hizo tu padre?

LUZ. No sé
ni qué pensar de ello.

ROD. Dí.

LUZ. Mandarme que huya de aquí;
que te olvide. (Con mucha amargura.)

ROD. (Con indignación.) ¡Por mi fé!
¿Eso se atrevió á ordenar?

LUZ. Aunque rogué de rodillas.

ROD. Para él son cosas sencillas
el huir y el olvidar.
Pero de ese rostro hermoso
(Tranquilizándola.)
aleja el dolor, que es vano:
asida tengo tu mano;
ante Dios soy ya tu esposo.
¿Quién ha de torcer mi suerte
cuando hasta la cumbre llego?
¿Él te manda?... Yo me niego.
La razón, la del más fuerte.

LUZ. Es mi padre. (Defendiéndole.)

ROD. (Con ironía.) Y no hay que hablar.
¿De los demás, quién se cuida?
Es padre, te dió la vida
y te la quiere quitar.
¿Cómo el deber se atropella?
Pero medita con calma,
que yo te dí toda el alma,
y nada pido por ella.

LUZ. ¿Qué puedo hacer? (Con angustia.)

ROD. ¡Vive Dios!
¿Consultas mi parecer?
¿Qué es lo que puedes hacer?
Elegir entre los dos.

¿Hay cosa más natural
ni más justa? Considera,
y encontrarás la manera
de esto que juzgas fatal
resolver sin aflicción,
que el lance no es cosa fuerte:
yo soy vida y él es muerte;
no es dudosa la elección.

LUZ. Ruégale. (Suplicante.)

ROD. (Con asombro.) ¿Yo?

LUZ. Te lo pido...

ROD. ¿Que ruegue? ¿Estás delirante?
Aún no conoces bastante
al que ha de ser tu marido.
Fuera súplica importuna,
yo sé hacerme obedecer.
¿Rogar? Sólo á la mujer,
y de la mujer, á una.

LUZ. Mas su empeño, ¿á qué responde?
¿Tú lo sabes?

ROD. Lo imagino,
porque en su pecho mezquino
sólo mezquindad se esconde.
Le ví este sitio dejar
poco há; calumnia cruel
se forjó aquí; llegó á él,
y en él halló su lugar.
La ruín sospecha ha cundido...
quizá es suya la malicia, (De don Antonio.)
de que amparo por codicia
á ese funesto bandido. (Por Edgardo.)
De que remedando el modo
de los señores de Francia,
llevo parte en su ganancia.
Esta es la causa de todo.
Y ahí tienes la ruín bajeza
de ese cobarde reptil, (Por don Antonio.)
considerándome vil
porque él forjó la vileza.
De esa infamia en el abismo
fundado su asombro encuentro:
es que se mira por dentro

y se espanta de sí mismo.

LUZ. Es mi padre. (Imponiéndole respeto.)

ROD. Pesadumbre
me causa. ¡Sinos traidores!
A lo mejor nacen flores (Por doña Luz.)
donde sólo hay podredumbre.

LUZ. Calla. (Suplicante.)

ROD. (Justificándose.) El hecho considera
y disculparás mi encono.

LUZ. Y bien; yo no te abandono;
pero busca la manera
de demostrar tu sincero
proceder, y me has salvado.
Es cierto lo que has pensado:
me habló de ese bandolero.
No sé qué quiso decir;
pero algo de eso sería...
sólo sé que me moría
y no estaba para oir.
Desmiente el eco importuno
de esa calumnia infamante,
y esto cesará al instante.

ROD. ¡Ira de Dios! Aquí uno.
(Llamando como quien toma una resolución.)

ESCENA XII

DICHOS y DIEGUEZ

DIEG. ¿Mi señor, qué manda?

ROD. (A Diéguez.) Corre;
(Con exaltación.)
avisa á la gente toda,
y que dé el toque de boda
la campana de la torre.

LUZ. ¿Qué intentas? (Con sorpresa.)

ROD. (A Diéguez.) Marcha en seguida.
(Vase Diéguez.)

ESCENA XIII

RODOLFO y DOÑA LUZ

LUZ. ¡Me espantas! (Por el aspecto de Rodolfo.)
ROD. ¿Y á qué temblar?
A tu padre voy á dar
una explicación cumplida.
¡Pero, ay si sigue en su intento!
(Con furor.)
¡Ay si da el menor indicio
de que busca un artificio
que destruya el casamiento!
(Suena la campana y va acudiendo poco á poco la gente.)
Ya no acudas á mi fe
ni en ruego las manos juntes.
LUZ ¿Qué harás? (Con espanto.)
ROD. (Con gran exaltación.) No me lo preguntes,
que ni yo mismo lo sé.
LUZ. Pero atiende. (Intentando calmarle.)
ROD. Sólo veo
extragos, ruínas, horror,
porque al negarme tu amor
me niegan cuanto deseo.
Tú mandas en tu albedrío;
¿éste en ser mío se aferra?
pues por la paz ó la guerra
lo que es mío será mío.

ESCENA XIV

DICHOS, DOÑA BEATRIZ, ALFONSO X, DON ANTONIO, ENRIQUEZ, ABEL, Damas, Pajes, Caballeros, Soldados, Hombres y Mujeres del pueblo.

ANT. ¿Qué es esto?
ALF. ¿Qué el clamor de esa cam-
[pana

anuncia? ¿A qué la gente se congrega?
ROD. A desmentir del modo más solemne
una calumnia vil; á atar las lenguas
de serpientes dañosas, que el veneno
como arma ruin contra mi honor emplean.
Y cuando esto se logre, que no tarda
sino lo que hable yo; cuando aparezca
la torpe alevosía demostrada,
que hoy lo está, ¡vive Dios! para el que [piensa;
ante el altar espléndido, las manos
con amor enlazadas, y en la tierra
humildes las rodillas, de mi esposa
recibiré con cándida pureza
la oferta de ser mía, sólo mía,
para odiar como yo cuanto me ofenda;
apartarse de aquel que mi mal busque;
no ver ni oir al que afrentarme quiera,
ya se llame señor, hermano ó padre,
y más si cabe aún, sea el que sea.
ALF. Tu explicación aguardo, que no entiendo...
ROD. Ni la habréis de entender; para entenderla
es fuerza que estén hechos los oídos
al ruín lenguaje de la ruín miseria.
ANT. ¿Qué nos irá á decir?
(Aparte con sorpresa á Enríquez.)
ENRIQ. (Aparte á don Antonio.) No se me alcanza.
ROD. Neguéme ayer, señor, á una sentencia.
Lo hice sólo evitando que mis bodas,
nuncio de gozo, memorable fiesta,
regocijos de amor, con triste luto
en sangre maldecida se tiñeran.
Pero allá va el discurso de la infamia
á donde el juicio del honor no llega.
Ha de haber otra causa, y deshonrosa;
(Con ironía.)
venga pensar; que surja la sospecha.
¡Cómo no descubrirlo! se dió en ello;
¡era tan fácil! con mirar se acierta:
yo me opuse al castigo de esa gente
porque parte conmigo sus haciendas;
yo soy uno de tantos; en los feudos

se usa de Francia así, ¿qué mayor prueba?
Y circula entre todos la noticia,
y los grandes señores se congregan
para fines siniestros, y por hijo
el noble don Antonio me desdeña.
Y con tanto pensar, nadie discurre
lo mejor; lo que á todos aprovecha,
y es justo, y es honroso, y necesario
y fácil: hacer trizas una lengua.
(Por don Antonio.)

ANT. No le comprendo aún. (Aparte á Enríquez.)

ENRIQ. (Aparte á don Antonio.) Yo algo me explico.

ROD. En los pechos honrados no hace mella
la traidora invención: ella fenece
en cuanto el hecho al ofendido llega;
que lograr la mentira nunca pudo
cerrar á la verdad todas las puertas.
Del torpe bandolero á quien amparo
(Con ironía.)
la prisión deshaced.
(A uno de sus Capitanes.)

BEAT. (Aparte con temor.)
¿Qué es lo que intenta

ROD. Con fuerte escolta á la vecina plaza
llevadle con sus grillos y cadenas,
y desmintiendo la invención cobarde
entregad al verdugo su cabeza.

BEAT. ¿Cómo? ¿Qué? (Con gran espanto.)

ROD. En el momento.
(Vanse el Capitán y algunos Soldados.)

BEAT. (Acercándose precipitadamente á Rodolfo.)
¡Es imposible!
¡Hijo, no puede ser! ¡Por Dios, clemencia!

ANT. ¿Qué más prueba queréis?
(Aparte al Rey por doña Beatríz.)

ENRIQ. (Aparte al Rey.) Ya demostrado
tenéis lo que antes dije.

ALF. (Observando á doña Beatríz.) Ella confiesa.
Es cierto cuanto has dicho, ya no hay duda.
(A Enríquez.)

ANT. A vos os toca. (Aparte al Rey.)

ALF. (Aparte con decisión.) La justicia empieza.

Rodolfo, te despojo de este feudo. (Alto.)

ROD. ¿Qué me decís? (Con gran asombro.)

ALF. (Por don Antonio.) A su señor lo entrega.
Y cesen en la gente los rumores
(Por la agitación que observa en todos.)
que oigo elevarse en forma de protesta,
que cuando manda el Rey, su razón tiene,
y esta razón á todos aprovecha.

ROD. Os pido que expliquéis...
(Al Rey con aturdimiento.)

ALF. Claro me explico:
te quito el feudo; su dominio deja.

ROD. Eso ya lo entendí; mas no hice caso:
el feudo es mío, mientras serlo quiera.

ALF. ¿También rebelde? (Con indignación.)

ROD. Lo que ansioso espero
es la razón de la injusticia esta.

ALF. Pues búscala en Beatriz. Ella responde
con su extraña actitud. Mírala y piensa.

LUZ. Padre mío, ¿qué es esto?
(Aparte á don Antonio.)

ANT. (Aparte á doña Luz.) Es que te salvo
del más torpe borrón. Ten fortaleza.

ROD. Una débil mujer, que se acobarda
(Sin entender.)
ante una muerte próxima; que ruega,
por huir de la vista del suplicio,
que el brazo justiciero se detenga,
¿responde á mis preguntas? ¿Eso dicen?
Mas, ¿quién con esto la verdad no acierta?
(Como quien ha comprendido.)
Decidla sin rodeos; es lo noble. (A todos.)
Confesad que créeis que se os presenta
ocasión de vengar con este oprobio
que contra mí intentáis, otras ofensas.
¿A qué ocultarlo? Con paciencia escucho.
¿Ya se advirtió? pues desatad las lenguas.
No os detenga el rubor, con esto al menos
si no razón, demostraréis franqueza.

ALF. ¡Insensato! Habla tú, que en mí el enojo.
(A don Antonio.)
anuda la garganta.

LUZ. (A don Antonio con temor.) ¡Padre!
ANT. Sea.
Rodolfo, escúchame. ¿Necio pensaste
que á mi Luz no te doy porque sospechan,
según tú, que amparaste á bandoleros
por defender la parte que te entregan?
De eso no escuché nunca. Es todavia,
como verás al fin, mayor tu afrenta.
ROD. Acaba. (Con impaciencia y furor.)
ANT. (Por doña Beatríz.)
De tu madre .. Porque es tuya;
de su seno naciste.
ROD. Aunque así sea.
ANT. ¿Lo negarás tal vez?
ROD. (Con orgullo.) No, no lo niego.
Es mi madre, lo sé; y ahora habla de ella.
(Previniéndole.)
ANT. De tu madre el esposo asesinado
fué por ese bandido, que ahí se encierra.
El le clavó el puñal, pero obediente,
¿inducido por quién? por esa hembra.
(Por doña Beatríz.)
Así ocultó su crimen de adulterio,
cometido con ese que hoy condenas.
(Por Edgardo.)
De ellos nacíste tú, vástago ilustre,
ingerto de bandido y de ramera.
LUZ. ¡Jesús! ¡Qué horror! (Con gran espanto.)
ROD. (Lanzándose fuera de sí contra don Antonio.)
¡Tu sangre maldecida!
LUZ. Rodolfo, atrás. (Defendiendo á don Antonio.)
ROD. (Deteniéndose.) Tú perdición es cierta.
(Por don Antonio.)

ESCENA XV

DICHOS; EDGARDO y el Capitán y los Soldados que fueron por él.

ROD. ¿Conque es este el malvado, cuya sangre
(Asiendo con furor á Edgardo.)

circula como fuego por mis venas?
¿A este hombre que me espanta, es á quien [debo,
según todos oísteis, mi existencia?
El vil calumniador así lo expuso.
(Por don Antonio.)
¿De dónde lo forjó? De su vileza,
que la voz de la sangre nada dice;
el alma airada su maldad detesta,
(Por Edgardo.)
y la mano convulsa se defiende
contra el menor asomo de sospecha,
buscando por sí propia, sin espanto,
contra tanta ruindad la mejor prueba.
(Desenvaina el puñal.)
¿Qué es mi padre decís? Ved si es posible.
Yo en su pecho traidor hundo mi diestra.
(Va á herirle.)

BEAT. ¡Hijo del alma! ¡No!
(Deteniéndole aterrada.)

ROD. (Con asombro.) ¿Cómo? ¿Qué es esto?
¿Tú le defiendes cuando así me afrenta?
(A doña Beatríz.)
¿Será verdad? ¡Jesús! (Con espanto.)

EDG. (A los Soldados.) Llevadme pronto;
él lo ordenó. (Por Rodolfo.)
Que ruede mi cabeza.

ANT. ¡A la plaza con él!
(A los Soldados, por Edgardo.)

ROD. (Con precipitación.) ¡Quietos, Soldados,
que yo aqui solo soy el que condena!
¡Madre! Aún te llamo así. Díme, responde.
(A doña Beatríz.)
¿Que tú fuiste capáz de esa vileza?
Sin llantos, sin suspiros, sin congojas;
no te espantes, no llores; dílo, fiera.
(Con furor.)

ALF ¡Prendedla! (Por doña Beatríz, á los Soldados.)

ANT. (Idem, íd.) ¡Maniatadla!

ROD. (Con furor, oponiéndose.) ¡Fuera todos!
¡Ay, del que osado hasta llegar se atreva!
Una cosa es su crimen y otra cosa

que aun siendo criminal mi madre sea.

ALF. ¿La defiendes? (Con asombro.)

ROD. ¡Pues no!

ALF. La ley sagrada en ella ha de cumplirse.

ROD. Cuando sepa
que del hijo rebelde las traiciones
castigásteis, señor, con entereza;
cuando don Sancho sus maldades purgue
en suplicio afrentoso y en él muera,
venid á hablar de leyes, hasta entonces
derecho no tenéis para imponerlas:
la justicia, señor, de ser justicia,
no por lo ajeno, por lo propio empieza.

ALF. ¡Caballeros, á mí!
(Llamándolos. Movimiento en los Caballeros.)

ROD. ¡Y á mí, Soldados!
(Movimiento en los Soldados.)
¡Y á mí ese pueblo que la plaza llena!

ALF. ¡Rebelde contra el Rey! (Recriminándole.)

ROD. (Con mucha exaltación.) ¡Contra los cielos
soy rebelde también por defenderla!
(Por doña Beatríz.)

ALF. Volveré con mis gentes. (Amenazando.)
¡Abrid paso!
(A los Soldados con imperio.)
¡El Rey lo manda!

ROD. Sí, paso á su alteza.
(Los Soldados obedecen y sale el Rey con algunos Caballeros.)
¡Y vosotros, atrás! ¡Ninguno salga!
(Cortando la salida.)
Terminemos aquí nuestras contiendas.
¡Mi Luz, mi honor, mi madre; todo, todo
(Con gran amargura.)
acabó para mí sobre la tierra!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

ABEL y GARCÉS

ABEL. Torpe.
GARCES. Ignorante diréis;
que á no nacer adivino,
no sé por dónde pudiera
en él haber conocido
al matador de mi padre.
ABEL. Y Rodolfo de él es hijo. (Con intención.)
GARCES. Ya lo sé. (Con disgusto.)
ABEL. Noto en tí algo
que me sorprende.
GARCES. Pues ¡digo!
¿No hay razón?
ABEL. Para alegrarte
la tienes: ¿das al olvido
la historia de aquel suceso?
Tu padre, el mejor amigo
del buen señor, que paz goce,
y murió en este castillo,
por vengar aquella muerte,

al puñal de un asesino
pereció. Aquel vagabundo
á quien por muerto tuvimos,
las cárceles en que preso
el Rey le tuvo, deshizo,
y al cabo de tantos años
viene á encontrarse contigo.
Si tienes sangre en las venas,
que ella te hable, y al avío.

GARCES. No está callada; mas plugo
á Dios tan fiero destino
darme...

ABEL. ¿Pues qué te sucede?

GARCES. ¿No lo sabéis?

ABEL. No me explico...

GARCES. Rodolfo es hijo de ese hombre.

ABEL. ¿Y bien?...

GARCES. Que de ello maldigo.
Rodolfo para mí siempre
fué como un hermano.

ABEL. (Con desprecio.) Niño,
si das en esos temores,
hazte fraile capuchino,
que para ceñir espada
no sirves.

GARCES. (Conteniendo el enojo.) Por Dios bendito,
que bien se valen los viejos
de sus canas.

ABEL. Pues preciso.
Miren en qué se detiene
el zagal. Agradecido
al cariño de Rodolfo,
buen servidor y mal hijo,
muerto se queda su padre
y con vida el asesino.

GARCES. Eso no, ¡viven los cielos!
Tal yo no dije.

ABEL. Es lo mismo.

GARCES. Una cosa es que me duela...
y otra que yo...

ABEL. Pues indicios
no das de vengarte.

GARCES. ¿Y cómo?
ABEL. Por el *cómo* te lo digo:
que ni pensaste siquiera
medio alguno.
GARCES. Ni imagino
de qué modo.
ABEL. Mientras quede
gente á Rodolfo... Cautivo,
aunque en libertad le puso,
sigue Edgardo; su escondrijo
no abandona, y si el encierro
trocó por salones ricos,
centinelas á la puerta
impiden que hasta aquel sitio
llegue hombre alguno. Rodolfo
teme, sin duda, al cuchillo
de los airados señores
que están como detenidos,
por impedir él que salgan,
en la torre.
GARCES. Yo vigilo,
y como el bandido deje
su encierro, por Dios bendito
que la muerte de mi padre
me paga.
ABEL. (Con mofa.) Y espera siglos.
GARCES. ¿Qué he de hacer?
ABEL. Entre las gentes
del pueblo tienes amigos;
también todos los soldados
te estiman: busca su auxilio;
háblales de lo que ocurre:
que Rodolfo está perdido;
que el rey llegará con gente
muy pronto, quizás hoy mismo,
pues fuerzas no han de faltarle
sin salir del señorío,
y en cuanto llegue, el soberbio
Rodolfo con sus adictos,
en justa venganza pueden
ser pasados á cuchillo.
Esto es posible que infunda

temor, y más por tí dicho,
que siempre leal le fuíste,
y entonces...

GARCES. (Con sospecha.) Ya he comprendido.
Sin defensa en los villanos
ni soldados, no hay peligro,
y ya puede don Antonio
á su gusto y muy tranquilo
posesionarse del feudo.

ABEL. Y aunque eso fuese... (Contrariado.)

GARCES. Que he visto
la intención.

ABEL. (Persuadiéndolo.) ¿Y qué te importa?

GARCES. Que venís como echadizo.

ABEL. Ha de ser y es de justicia...

GARCES. Pues yo con mi traza sigo:
para el bandido la muerte;
para Rodolfo mi auxilio. (Vase.)

ESCENA II

ABEL

Esta puerta está cerrada. (Por Garcés.)
¡Diablo de hombre! ¡Con qué hechizos
(Por Rodolfo.)
los fascinó, que aun sabiendo
lo que es, le siguen amigos!
Si la guarnición no deja
su obediencia, están perdidos
don Antonio, Enríquez, todos
los que contrarios le fuímos.

ESCENA III

ABEL y ENRIQUEZ

ABEL. ¿Hay disgusto? (Observándole.)

ENRIQ. Y á fe mía
que con razón. De la hueste
los más valientes guerreros,

aunque la venida temen
del Rey, á darnos auxilio
del todo no se resuelven.
Dicen que ha sido Rodolfo
hermano más bien que jefe,
y trabajar en su daño
les repugna. Pues que dejen
que llegue el Rey, y yo juro
que caro lo pagan.

ABEL. (Con esperanza.) Puede
que antes que el monarca asome...

ENRIQ. En eso confío: endeble
es la resistencia; todos
acobardados parecen,
y presumo que á otro empuje...

ABEL. Sólo eso salvarnos puede.
Si Rodolfo se recobra
de su disgusto, la muerte
nos espera, que no es lerdo:
sabe que en nosotros tiene
acérrimos enemigos,
y claro que quien bien piense,
no ha de quererlos en casa
cuando de fuera le vienen.

ENRIQ. Aprovechar ese estado
de torpe inacción se debe.

ABEL. ¿Y los villanos?

ENRIQ. El pueblo
en el concepto le tiene
de semidiós; no habrá forma
humana para atraerle.
Resistirá al Rey y á todo
lo que se le represente
que es á Rodolfo contrario.
Desde aquí observarse puede
su actitud.
(Indicando la ventana.)

ABEL. (Mirando por ella.) Sí, que en la plaza
se agrupan.

ENRIQ. Anda la gente
soliviantada. Ha cundido
que en la torre se pretende

alguna cosa en perjuicio
de Rodolfo, y ahí la tienes
en observación. Capaces
son de embestirnos si temen...
Pero eso nada interesa:
mal armados, aunque fuertes,
fueran muy pronto vencidos.
A quien persuadir conviene
es á la tropa.

ABEL. ¿Y qué dice
don Antonio?

ENRIQ. (Con desprecio.) Se estremece
de pensar que de Rodolfo
es prisionero. Se tiene
ya por difunto, y en vano
animarle se pretende.
Medroso é irresoluto,
me temo que por poderse
ver en libertad, daría
lo que más en su alma puede:
el feudo que tanto anhela
y la hija que tanto quiere.
Pero sus actos vigilo
y no cederá.

ABEL. No debe.
Que de doña Luz disponga,
vaya en gracia, si defiende
el señorío, que suyo
debió ser y á su amo vuelve.
¿No es verdad?

ENRIQ. Todos discurren
del modo que les conviene.
A mí que se pierda el feudo
si doña Luz no se pierde.

ABEL. ¿Eso decís? (Con sorpresa.)

ENRIQ. Eso digo.

ABEL. En fin: cada uno se entiende.

ENRIQ. Pero perdemos el tiempo
hablando, y mejor parece
continuar nuestra tarea.

ABEL. Yo hablé á Garcés, que no tiene,
por mi vida, de su padre

sangre en las venas. Se siente (Escuchando.)
en la torre movimiento.

ENRIQ. Es que todos van y vienen
de unos á otros en consulta;
pero que no se resuelven
tan pronto como es preciso.
Vamos á ver qué sucede. (Vanse.)

ESCENA IV

RODOLFO

Cálmate, razón cobarde;
reflexiona; no te entregues
á arrebatos ni á lamentos
que son propios de mujeres.
Toda mi vida conozco
á Beatríz; aunque supiese
fingir del modo más hábil,
¿es posible que se encierre
de manera la mentira
que ni por acaso deje
algún resquicio por donde
á descubrírsela llegue?
¿Qué se lee sino bondades
en la mirada solemne
de Beatríz, que más que al mundo
á los cielos pertenece?
¿Qué me dijeron sus actos,
que si á la memoria vienen
mezclados con los que dieron
renombre, no ya á las gentes
simplemente virtuosas,
que esto ni nombrarse debe,
sino á los santos varones
que obtuvieron las mercedes
de ser al altar llevados
y recibir nuestras preces,
ruegos, plegarias, ofrendas
en las esferas celestes,
aun valiendo aquellos tanto,

si se los compara pierden?
También al Dios de justicia
ladrón le llamaron; leyes
acatadas por los hombres
le condenaron á muerte,
y subió al suplicio infame
entre las burlas crueles
de las turbas, y su pueblo
aún le agravia y le escarnece.
¿Qué vale el instinto humano
cuando monarcas y jueces
condenaron al suplicio
como bandido rebelde,
al que era honor, paz, justicia,
Hijo de Dios, Rey de reyes?
Sí, no hay duda; error de todos.
(Con esperanza.)
Algo aquí ocultarse debe
que justifique los hechos
que la razón no comprende.
Preciso es que se conozca.
¿A qué retardarlo? ¡Diéguez! (Llamando.)

ESCENA V

RODOLFO y DIEGUEZ

DIEG. ¿Qué mandáis?
ROD. Que á este aposento
venga mi madre. Que dejen
los guardias que le custodian,
á aquel hombre... ya me entiendes,
(Con embarazo.)
salir de su estancia, y baje
también aquí; mas que siempre
le acompañen mis soldados
impidiendo que se acerque
alguno á él. Me responden
si le agravian ó le hieren.
DIEG. Está bien, señor.
ROD. Ya aguardo.

DIEG. Al momento. (Vase.)

ESCENA VI

RODOLFO

Si no pueden (Con temor.)
justificar de aquel hecho
la causa; si no desmienten
la maldad, que demostrada
para todos aparece...
¡Oh! ¡No! ¡Imposible! ¡Mentira!
(Rechazando la idea.)
Mentira aunque se confiesen
criminales sin disculpa.
Hijo soy de ellos; parece
que de ellos nació no sólo
la materia: lo que siente,
lo que piensa de los padres
nace también. Se desprende
del criminal sólo crimen;
crimen será lo que engendre.
Así es sin duda. Y entonces,
si del mal vengo y de él viene
todo mi sér, ¿este honrado (Por el suyo.)
pensamiento, á quién se debe?

ESCENA VII

RODOLFO, DOÑA BEATRÍZ y EDGARDO

BEAT. ¡Hijo! (Á Rodolfo con amargura.)
EDG. (Idem, íd.) ¡Rodolfo!
ROD. (Á Edgardo con pena.) Me aflijo,
al ver que me habláis así:
hay agravio para mí,
sin duda, al ser vuestro hijo.
¿Calláis?
EDG. (Con resignación.) Escucho con calma;
mas medita que si fuera

tan infame, y no tuviera
bondad alguna en el alma,
ni me importara este encuentro,
ni el daño que te causé:
sin embargo, yo me sé
lo que me pasa allá dentro. (Por el corazón.)

BEAT. ¡Pobre Edgardo! (Aparte, compadeciéndolo.)

ROD. Habéis de hablar
de aquel crimen, sin engaño.
Me causásteis á mí el daño
y yo os tengo que juzgar.

BEAT. ¡Perdón! (A Rodolfo, con arrepentimiento.)

ROD. (Con firmeza.) Dejad ese tono.
De implorar tiempo tenemos.
Ahora es preciso que hablemos,
para saber que os perdono.

EDG. ¿Quién ha de hablar?

BEAT. Resignada
hablaré aunque me condene.

ROD. Que él hable; temor no tiene
(A doña Beatriz por Edgardo.)
y nó ha de ocultarme nada.

EDG. Pregunta.

ROD. La historia fiel
y con detalles, os pido
de todo lo sucedido
entre vosotros... y aquél. (Con embarazo.)

EDG. Escucha.

ROD. (A doña Beatríz.) Atendedle vos
por si yerra, y empezad. (A Edgardo.)

EDG. Juro decirte verdad,
y así me perdone Dios.
Veinte años hace, tenía
yo veinticuatro; contento
esperaba el casamiento
con Beatríz. Yo la quería
como se sabe querer
á esa edad; con la locura
que despierta una hermosura.
Ella me daba á entender
cumplida correspondencia,
y al cabo, para casarnos,

hubimos de presentarnos
al señor por la licencia.
Villana de nacimiento
era ella; pero hasta ahora
no se ha visto una señora
de mayor merecimiento.
Tanto, que en aquel adusto
señor, su aspecto hizo mella;
es decir, que la doncella
fué, aun villana, de su gusto,
y mi condición cruel
de labriego así lo quiso;
negóme á mí su permiso
y la pidió para él.

ROD. Beatríz... (Entendiendo que no aceptaría.)

EDG. (Disculpándola.) Su padre era viejo;
cedió, y aunque resistiera,
quiera el señor lo que quiera,
no habrá forma ni consejo
que le obligue á desistir.
¿El lo mandó? Punto en boca.
Al vasallo no le toca
más que callar ó morir.
Casóse.

BEAT. Juro ante el cielo,
que ya esposa á eterno olvido
quise dar mi amor perdido.
Evitarle fué mi anhelo. (Por Edgardo.)
ocasión para llegar
hasta mí.

EDG. (Con ironía.) Pero el esposo
fué conmigo generoso.
Me quiso recompensar
por el daño que me hacía.
Ya logrado su deseo
dióme en la casa un empleo;
con lo que á Beatríz veía,
aunque siempre muy distante,
mas la veía. Esto era
ocasión de que siguiera
aquel cariño adelante.

ROD. Seguid. (Con interés.)

EDG. La torpe mancilla
minaba en mi pecho herido
sin poder dar al olvido,
cuando á este tiempo Castilla
tuvo con extraña tierra
una guerra... no sé dónde;
pidió gente el Rey, y el Conde
se partió para la guerra.
Quedaba sola. (Por doña Beatríz.)
¿A qué hablar,
por qué medio, ni qué importa?
Amor la distancia acorta,
tú sabes lo que es amar. (A Rodolfo.)
Tras largo acecho la hablé;
quiso evitarme, insistí;
me amaba, la convencí,
era mía y mía fué.
No fué tan torpe mi acción,
fué recobrar un derecho;
lo que hice estuvo bien hecho:
á un ladrón, otro ladrón
¿No es verdad? (A Rodolfo.)

ROD. (Con mucho interés.) Seguid.

EDG. Cobarde
Beatríz, constante me huía.
Aunque á veces la veía,
era de muy tarde en tarde.
Cesó la guerra. Un villano
una noche á mi hospedaje
llegó, llevando un mensaje
á entregar en propia mano.
¡De Beatríz! El corazón
me saltó dentro del pecho;
aunque se hubiera deshecho
no le faltara razón.
Después de rudas campañas
volvía el Conde. De fijo
esto era morir: mi hijo
se agitaba en sus entrañas
(Indicando á doña Beatríz.)
con señal bien evidente.
El alma se me oprimía.

«Sálvame,» Beatríz decía:
«El Conde será inclemente
Lo ha de advertir; ¡ay de mí!
nos dará muerte á los dos;
no me abandones, por Dios;
vente y huyamos de aquí.»

BEAT. (Sincerándose.)
¡Ah! pero aunque estaba ciega,
por librarme de mi suerte
yo no le pedí su muerte.
¡Hijo, eso nunca! (A Rodolfo.)

EDG. (A doña Beatríz.) Sosiega.
Salí como aquel que corre
por salvarse; muy entrada
ya la noche, y muy cerrada
llegaba al pié de la torre.
Ni una puerta se veía
abierta; sólo en la altura
luz por la estrecha abertura
de un balcón se distinguía.
La estancia de Beatríz era
aquella; escuchar creí,
como partiendo de allí
voces de irritada fiera.
«No retardes el encuentro,»
me dije, y con decisión
me encaramé hasta el balcón;
saltó la puerta, y adentro.
Miré; Beatríz arrojada
sobre un asiento, gemía;
el Conde un hierro blandía.
Al verla así amenazada,
entre los dos me lancé
con esfuerzo sobrehumano;
detuve al Conde la mano,
y rují, que no grité:
«Vengad en mí vuestra ofensa;
yo os la causé; yo la quiero;
(Por doña Beatríz.)
mi acero contra ese acero.»

ROD. (Con sorpresa y alegría.)
¿Luchó; luego hubo defensa?

EDG. ¿Pues cómo no? No te asombres.
¿De otra suerte yo atacara?
Cuerpo á cuerpo y cara á cara;
así se matan los hombres.
ROD. Seguid.
EDG. Atacó sereno,
que era hombre de bizarría;
mas mi furia le aturdía
y empezó á perder terreno.
En aquella confusión
oí que Beatríz me gritaba:
«¡Compasión!» yo ya no estaba
para tener compasión.
Un paso más en huída:
llegó al muro; rugió fiero;
lanzóme el golpe postrero,
y contesté á su embestida
con furia, con arrogancia,
con toda mi fuerza junta;
le pasé, y hundí la punta
en la pared de la estancia.
ROD. ¡Padre! (Con exaltación.)
EDG. (Con sorpresa.) ¿Padre me llamó?
¿No hay ya para mí desvío?
¿Hice bien?
ROD. Sí, padre mío;
así le matara yo.
BEAT. ¡Oh, Dios! (Llorando como al recordar.)
EDG. De la torre huí,
no cobarde, sí asombrado;
fuí mucho tiempo acosado,
y al cabo en manos caí
de la justicia. La ley
dictó mi muerte al momento:
para mayor escarmiento
quiso presenciarla el Rey.
Llevóse en su compañía
á su hijo Sancho, este era
un niño, pues considera
que diez años no tenía.
Por él solo me salvé:
ya el verdugo era mi dueño;

la cabeza sobre el leño;
mi pensamiento en mi fe.
Faltaba el golpe no más,
cuando oí una voz chillona:
«El Rey mi padre perdona.»
El verdugo se echó atrás.
Alcé el rostro, ví al chicuelo
llorando y lleno de susto.
El Rey quiso darle gusto.
Por mí, que los premie el cielo,
aunque su perdón no borra
la desgracia de mi vida,
Fuí sepultado en seguida
en una obscura mazmorra,
donde quince años pasé,
hasta que fuera de mí,
las cadenas destruí
y los cerrojos forcé.
Libre ya, á la gente honrada
p·rdón y amparo le pido:
veinte veces fuí vendido.
Aquella vida arriesgada
era imposible seguir.
¡Oh, qué espantosa agonía!
Oculto durante el día,
sin descanso, sin dormir.
Pidiendo á los que pasaban
por extraviado camino,
un alimento mezquino,
que espantados me negaban.
Luché con mi sino fiero,
y fuí por él dominado.
Ahí tienes á un hombre honrado
convertido en bandolero.

ROD. ¡Y aquel que á un sér oprimido
impuso amor y constancia,
aquel para la ignorancia
hidalgo y honrado ha sido!
¡Su adversario un vil ladrón
á quien aprisiona el Rey!
¡Ley humana, tú eres ley;
mas no siempre eres razón!

En fin, del destino triste
las ofensas soportemos.
Disfrutar más no podemos
de lo que en el feudo existe.
Nada es nuestro. Restituyo
desde luego, sin violencia,
esta maldecida herencia:
á cada cual lo que es suyo.

BEAT. ¡Hijo! (Con admiración y cariño.)

ROD. Cumplo mi deber
en justicia y no me apeno.
Devolver lo que es ajeno
es ganar, que no perder.
Mas de igual manera ansío
que lo mío no me nieguen;
que á vosotros dos me entreguen,
y á mi Luz: esto es lo mío.

BEAT. ¡Mi Rodolfo! (Con mucho amor.)

ROD. (A doña Beatríz.) Preparar
podéis, pues, nuestra partida.
Una escolta prevenida
contra un imprevisto azar,
vendrá á nuestra devoción.
Vamos, recobrad la calma,
que ya ensancharéis el alma
en mi torre de Aragón.
Esa hacienda, mía es;
conservándola no ofendo,
yo la gané defendiendo
al monarca aragonés,
como llegaré á adquirir
más que dejo. ¿A qué dudar?
Es muy fácil conquistar
á quien se arriesga á morir.
Vamos, madre, el tiempo corre.

BEAT. Voy al punto.

ROD. Y en camino
al momento, que imagino
que estoy preso en esta torre.
(Vase doña Beatríz.)

ESCENA VIII

RODOLFO y EDGARDO

Rod. Edgardo, que de este modo (Con embarazo.)
aún os nombre no os disguste,
que para llamaros padre
me hace falta la costumbre
Edgardo, á vuestro albedrío
disponed, ya no me cumple
penar á nadie. Os dejara
aunque me cumpliera, impune.
Penar á la propia sangre,
cuando penable se juzgue,
será virtud, pero tanta
que de los límites sube
de la tierra y por regiones
desconocidas discurre.
Yo como mortal procedo:
libre sois. Mas si os aturde,
siendo mi padre, que un hijo
su cariño os disimule
y que á vencer se resista
la repugnancia que surge
ante una vida culpable,
mirad que la gracia acude
al que sus faltas expía;
mas no al que de ellas no huye.
Que si matar no es delito
cuando á ese extremo se acude,
para evitar mayor daño
es muy justo que se culpe
al que, cualquiera que sea
su Estado, ataca y confunde
por vivir, al que no tiene
culpa alguna en lo que él sufre,
y que vale más la muerte
que vida que prostituye.
Edg. ¡Rodolfo! (Con arrepentimiento.)
Rod. Vuestros principios
de villano os lo disculpen,

y perdonad que esto os diga
quien en vuestro bien discurre.
Si me estimáis, al olvido
dad la vida que desluce
la condición generosa
que noto en vos. No rehuse
mi consejo, por tardío,
vuestra conciencia, y calcule
que hubo santos bandoleros
al par que diablos querubes.

EDG. ¡Rodolfo! (Muy conmovido.)

ROD. De vuestro llanto
vuestro dolor se deduce.
No lloréis más, padre mío,
(Con mucha emoción, abrazándole.)
que mi perdón os acude.
Ya lo sabéis: libre os dejo.
Y esa gente, aunque repugne
(Por la tropa de Edgardo.)
á mi condición su vida,
libre es también, que me induce
á la piedad el ser vuestra.
Si hago mal que Dios me juzgue.
Partid si queréis.

EDG. Contigo
partiré, si no me excluyes
de tu compaña. Mi gente
aprenderá tus virtudes,
y borraremos con hechos
de honor pasadas costumbres.

ROD. Luz se acerca. (Mirando hacia el foro.)
Retiráos, (A Edgardo.)
que he de hablarla.

EDG. Dios te ayude. (Vase.)

ESCENA IX

DOÑA LUZ y RODOLFO

LUZ. ¡Rodolfo! (Muy conmovida.)

ROD. (Con amargura.) Bien de mi vida,

¿ese angustioso quebranto
es porque te infundo espanto?
Mi existencia maldecida
debo á un torpe bandolero,
á quien presenta el destino
como bárbaro asesino.

LUZ. Rodolfo, siempre te quiero.

ROD. ¿Será verdad? (*Con mucha alegría.*)

LUZ. (*Sorprendida.*) ¿Pues te extraña?
Eres lo que siempre fuiste,
por eso mi amor resiste.
Tu condición no se daña
aunque los hados te hieran.
Te quiero, sí, que en rigor,
¿qué tiene que ver mi amor
con lo que tus padres fueran?

ROD. ¡Luz, mi Luz!

LUZ. Tuya seré
mientras viva.

ROD. (*Con exaltación.*) ¡Luz divina!
¡Y consideré mezquina
mi suerte, y de tí dudé
al hallarte de este modo!
¡Torpe humanidad; es ciega;
pierde algo, y á pensar llega
que ya lo ha perdido todo!
¡Luz mía!

LUZ. (*Con mucha inquietud.*) No hay que perder
un instante.

ROD. ¿Qué sucede?

LUZ. Salvarte mi aviso puede;
eso es lo que vengo á hacer.

ROD. ¿Pues qué ocurre?

LUZ. Tus soldados
ganados ó persuadidos
están. Temores fingidos
ó peligros demostrados,
los ponen á devoción
de tus enemigos; huye
ó aquí mi vida concluye,
que es cierta tu perdición.
A Enríquez lo oí decir:

cuantos el feudo gozáis,
Rodolfo, todos estáis
condenados á morir.

ROD. ¡Ira de Dios! (Con indignación.)

LUZ. (Queriendo persuadirlo.) Por Dios santo,
que es cierto lo que te digo.
Huye.

ROD. (Con decisión.) Pero tú conmigo.

LUZ. ¿Cómo? ¿Qué dices? ¡Me espanto!
(Con asombro.)

ROD. ¿No quieres salvarme?

LUZ. Sí.

ROD. ¿Darme la vida?

LUZ. A eso vengo.

ROD. ¿Pues qué vida es la que tengo
si tú te quedas aquí?

LUZ. Imposible.

ROD. Lo imposible
es lograr, si así no es,
que despierte mi interés
esta vida aborrecible.

LUZ. Rodolfo... (Resistiendo.)

ROD. Yo no te obligo;
puedes seguirme ó quedarte;
pero si aquí he de dejarte,
aquí me quedo contigo.

LUZ Reflexiona. Si no infiero
qué intentas. ¿Tienes temor
de que has de perder mi amor?
¿No sabes cuánto te quiero?
¿Es que temes que no ceda
jamás mi padre, y que tuya
nunca sea? Pues concluya
lo que detenerte pueda
esa extraña prevención,
que tal ha de ser mi ruego,
que él cederá. Si tan ciego
ó falto de corazón
estuviese, y siempre esquiva
su condición, resistiera,
ni sospeches que á otro quiera:
yo te amaré mientras viva

como á mi esposo y señor,
con tan cariñoso exceso.

ROD. Mucho es eso; más no es eso
el término del amor.
La tierna correspondencia;
el halago peregrino,
eso no es más que el camino
que lleva á la pertenencia.
Esto es amor en justicia;
todo amor tiene este anhelo;
porque si se adora al cielo
es porque se le codicia.

LUZ. ¡Por Dios! (Suplicando.)

ROD. Por ese te pido
que me sigas; de ese modo
aún puede arreglarse todo.

LUZ. Yo mis deberes no olvido.
No, jamás.

ROD. Tu voluntad
se ha de cumplir; pero advierte,
que está en tus manos mi muerte.

LUZ. (Con mucho desconsuelo.)
Mi padre, sin caridad
me maldijera. ¡Eso no! (Con horror.)

ROD. ¡Vive Dios! ¿Qué más te obliga?
¿que tu padre te maldiga,
ó que te maldiga yo?

LUZ ¡Voces oigo! (Escuchando.)

ROD. (Con desaliento) ¡Suerte ingrata!
¿Y aún te niegas á salvarme?
(Reconviniendo.)
Ellos vienen á matarme;
pero eres tú quien me mata.

ESCENA X

DICHOS y DOÑA BEATRIZ

LUZ. ¡Ah! ¡no! (Vacilando.)

BEAT. (Con mucha angustia.) ¡Rodolfo ..!

ROD. (Entendiendo lo que le van á decir.) Lo sé:

la soldadesca me entrega;
ésta á seguirme se niega; (Por doña Luz.)
no la dejo; moriré. (Con resolución.)

BEAT. ¡Luz! (Tratando de persuadirla.)

LUZ. (Con desesperación.) ¡Por el cielo bendito, sálvate!

ROD. (Con decisión.) Más no me ruegues;
si he de vivir, no te niegues.
Mis promesas te repito
de ser tu esposo, lo juro;
nuestra unión celebraremos
pronto; en cuanto nos hallemos
en un paraje seguro.
¿Qué más me puedes pedir?

BEAT. (Mirando por la ventana.)
La torre el pueblo acomete.

ROD. (A doña Beatríz.)
Ese es mío; no os inquiete.

BEAT. Tú no puedes consentir (A doña Luz.)
que aquí mi Rodolfo muera.

LUZ. ¡Señor! ¡Señor! (Sin saber qué hacer.)

BEAT. (Mirando por la ventana.) Los soldados
con el ataque irritados
se baten con saña fiera.
¡Luz!... (Persuadiéndola.)

ROD. (Con amargura, por doña Luz.)
¡Mi perdición decide!

BEAT. (Mirando por la ventana.)
Edgardo con sus bandidos
acomete. Protegidos (Á doña Luz.)
por la lid, sin que se cuide
ninguno de nuestro intento,
podemos salvarle. (Por Rodolfo.)

LUZ. (A Rodolfo, como pidiendo tiempo para reflexionar.)
Espera.

BEAT. Ruido siento en la escalera (Escuchando.)
Suben. No pierdas momento. (A doña Luz.)
Indefensos nos hallamos.
¡Por Dios! (Suplicando.)

ROD. (A doña Beatríz por doña Luz.)
¿Pero no lo ves?
Tiene en matarme interés.

LUZ. ¡Jesús! (Con horror.)
BEAT. (Á doña Luz.) Decídete.
LUZ. (Con decisión.) Vamos
ROD. ¿Te resuelves? (Con mucha alegría.)
LUZ. Sí por Dios;
pero pronto.
ROD. (Llamando por la ventana.) ¡Edgardo, aquí!
BEAT. No puede oirte. (Á Rodolfo por Edgardo.)
ROD. (Observando desde la ventana.) Sí; sí.
Me oyó y viene. De él en pos,
por la mina, y con su ayuda,
puesto que otra no tenemos,
la libertad lograremos.
LUZ. Sube. (Escuchando.)
BEAT. (Disponiéndose á salir.) ¡Que Dios nos acuda!

ESCENA XI

DICHOS, ENRIQUEZ y SOLDADOS

ENRIQ. Aquí están. Esa mujer.
(A sus Soldados por doña Beatríz, que ha quedado separada de Rodolfo. Los Soldados se apoderan de ella.)
ROD. (Intentando recobrar á doña Beatríz.)
¡Enríquez! Fuera, villanos,
ENRIQ. Esta cayó en nuestras manos
(A Rodolfo por doña Beatríz.)
como tú vas á caer.
Al cabo tu dueño soy
y para el bien nunca es tarde.
ROD. ¡Oh, Dios! ¡Tu vida, cobarde!
(Con desesperación, intentando acometer.)

ESCENA XII

DICHOS, EDGARDO y Bandidos.

EDG. ¡Valor, hijo, que aqui estoy! (A Rodolfo.)
ROD ¡A ellos!

(A los Bandidos que intentan acometer.)

ENRIQ. (Conteniéndolos.) Tu gente modere
su furia ó teme al castigo.

ROD. ¡Ira de Dios! ¡A ellos digo!
(A los Bandidos, que van á lanzarse contra los Soldados.)

ENRIQ. Que acometan y ésta muere.
(Por doña Beatríz, á la que amenaza con su puñal.)

ROD. ¡Oh, quietos todos! (Conteniendo á su gente.)

EDG. (A Enríquez.) ¡Traidor!

ENRIQ. Deja las armas, que quiero (A Rodolfo.)
que seas mi prisionero.

ROD. ¿Eso pides? ¡Oh, furor! (Fuera de sí.)
¿Y llegaste á presumir
que me entregara quizás?

ENRIQ. ¡Vaya si te entregarás,
porque ésta puede morir! (Por doña Beatríz.)

ROD. ¡Cómo! ¡Detente! (Con asombro.)

BEAT. (Animándole á que resista.) ¡Hijo mío!
¡No cedas!

ROD. (A Enríquez, dominando su indignación y tratando de convencerle.) Recapacita
en lo que tu acción maldita
puede acarrearte. Fío
en que más no insistirás:
la fortuna es bien mudable;
hoy parezco un miserable,
pero mañana, quizás
puedo de tu vida dueño
ser, ¿pues qué duda tiene?
Mira bien que no conviene
ni el enemigo pequeño.

ENRIQ. En fin, tiempo no perdamos:
las armas y pronto, ó hiero.

ROD. Piensa en tu vida primero.
(Amenazador y persuasivo.)
Sujetos por ella estamos, (Por doña Beatríz.)
sin esfuerzo como ves;
pero debes observar
que si llegas á matar
es para morir después.

BEAT. ¡Hijo! ¡Ceder no conviene! (Luchando.)

ENRIQ. No luches, de herirte cuida.
(A doña Beatríz.)
BEAT. ¿Para qué sirve una vida (Por la suya.)
que su salvación detiene? (Por Rodolfo.)
ROD. ¡No hay medio! (Con desesperación.)
LUZ. (Con angustia.) ¡Rodolfo!
EDG. (Con ira.) ¡Dios!
ROD. ¡Me entregaré, el hierro quita!
(A un movimiento de Enríquez.)
BEAT. ¡Ah, no! ¡Existencia maldita! (Oponiéndcse.)
¡Lucha y salváos los dos!
ROD. ¿Qué he de hacer? (Resignándose.)
BEAT. (Concibiendo una idea) ¡No cederás!
ROD. ¡Madre mía! (Con angustia.)
BEAT. (Con resolución.) ¿Qué pretendes?
¿Mi vida es la que defiendes?
Ya no existe. Libre estás.
(Arrebata el puñal á Enríquez y se hiere.)
ROD. ¡Muerta! (Con espanto y furor.)
EDG. ¡Mi Beatríz querida!
(Con desesperación.)
ROD. ¡Ya no hay para mí esperanza!
¡Venganza!
LUZ. ¡Qué horror!
EDG. ¡Venganza!
ROD. ¡No dejéis uno con vida!
(Se acometen unos á otros. El cuerpo de doña Beatríz queda oculto por los Soldados hasta el final. Enríquez cae muerto á manos de Rodolfo, por la puerta de la izquierda.)
LUZ. ¡Jesús! (Al ver caer á Enríquez.)
ROD. Postrer testimonio
de mi justicia es tu muerte. (Por Enríquez.)
Corra yo la misma suerte.
(Lanzándose contra los Soldados.)

ESCENA XIII

DICHOS, ALFONSO X, DON ANTONIO, Caballeros y Soldados. Al aparecer éstos cesa la lucha.

ALF. El feudo por don Antonio.
ANT. ¡Rodolfo! (Al verle.)
ALF. Es tu prisionero. (Á don Antonio.)
ROD. No cadenas; no prisiones:
morir sin más dilaciones,
con esta pena no espero.
Matadme; me mataréis.
Soy criminal á la alteza,
acometí con fiereza.
Ahí muerto mirar podéis
á Enríquez; cayó á mi ira.
ANT. ¿Has muerto á Enríquez, villano?
ROD. Sí; le ha matado esta mano,
y aún me parece mentira.
ALF. ¡Prendedle! (Á los Soldados.)
ROD. Dije que no.
LUZ. ¡Dios de justicia, amparadle! (Por Rodolfo.)
ROD. ¡A mí mi gente!
(Lanzándose sobre los soldados del Rey.)
ALF. ¡Matadle!
(Á sus Caballeros. Estos hieren á Rodolfo.)
ROD. Así es como cedo yo. (Al sentirse herido.)
LUZ. ¡Rodolfo! (Al verle caer.)
ROD. (Cayendo en brazos de doña Luz.) ¡Luz, ya logré
lo que ansiaba.
LUZ. (Con espanto.) ¡Estás herido!
ANT. Apresad á ese bandido.
(Por Edgardo á su gente, que obedece.)
GARCES. Si ya no resisto, ¿á qué?
ROD. Luz, mi Luz; en tiernos lazos
á tí en la vida me uniera:
déjame que al menos muera
protegido por tus brazos.
Respetad mi desvarío, (A don Antonio.)
señor, pues que nada os niego:
lo que era vuestro os entrego;

entregadme lo que es mío. (Por doña Luz.)
Aquí mi dicha se encierra,
(Abrazando á doña Luz.)
mi riqueza, todo aquí.
¡Adiós! velo desde allí (Por el cielo.)
mi tesoro de la tierra. (Muere.)

FIN DEL DRAMA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Amar á ciegas. Comedia en tres actos.
El lazo eterno. Leyenda dramática en tres actos.
El semejante á sí mismo. Refundición de la comedia en tres actos y en verso, original de D. Juan Ruíz de Alarcón.
El crédito del vicio. Comedia en tres actos.
La balanza de la vida. Drama en tres actos.
La herencia. Drama en tres actos.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA